



Antonio Cano Moya  
Joaquín Suárez Bautista

# *Dios ríe*

*Exhortación  
al contento y la alegría*

Sal Terrae

Antonio Caño Moya  
Joaquín Suárez Bautista

# DIOS RIE

---

CARTA (APOCRIFA) DE SAN  
ATANASIO DE ALEJANDRIA A SU  
COMUNIDAD QUE PEREGRINA EN LA  
VILLA Y CORTE, DONDE SE REFIERE  
EL MANDAMIENTO DE LA ALEGRIA  
Y SE EXHORTA AL CONTENTO  
Y A LA RISA

Editorial SAL TERRAE  
Santander

■ <i>Hijos míos muy queridos</i> .....	7
1. Donde se convida a los hermanos a saludarse con sencillez y se refiere cómo la Virgen María nuestra Señora fue invitada a la alegría .....	11
2. Donde se intentan relatar cuatro cosas bien dichas sobre la alegría, aunque no se certifica que sean cuatro ni que estén bien dichas .....	25
3. Donde se hace una alusión a la tristeza y se concluye que el triste es un mediovivo .....	37
4. Donde se retoma el argumento de la alegría y se vuelve a invitar a ser alegres y a hacer el bien, es decir, a ser como niños y a ser santos .....	49
5. Donde se comete la osadía de seguir aconsejando, refiriéndonos a la alegría como impulsora del servicio, animadora de la oración y compañera del amor .....	61
6. Donde discurre animada homilía sobre la alegría como reina y señora de la búsqueda, lazarillo de la contemplación, tentempié del compromiso, farolillo en tiempos sombríos .....	75

©1990 by Editorial Sal Terrae  
Guevara, 20  
39001 Santander

*Con las debidas licencias*  
Impreso en España. Printed in Spain  
ISBN: 84-293-0882-2  
Dep. Legal: BI-2412-90

Fotocomposición: Didot, S.A.  
Bilbao

Impresión y encuadernación:  
Grafo, S.A.  
Bilbao

7. Donde se declara la suprema alegría de las bienaventuranzas, las cuales, aun sin entenderlas del todo, aclaran el camino que da sentido a la vida y conduce a nuestro Señor .....	91
8. Donde se trata de un viejo escolio sobre la licitud de la risa y se colige que es aconsejable la carcajada	105
9. Donde se relata el evangelio de la alegría, buena noticia para caminantes animosos, ánimo para peregrinos débiles, remanso para romeros agotados, aguijón para viajeros despistados .....	115

*Hijos míos muy queridos,*

*En otra ocasión, y dirigiéndome a mi comunidad de Alejandría, escribí: «Cristo resucitado enciende una fiesta continua en el corazón del hombre». Bien sé que vosotros, amadísimos míos, los benjamines de mi solicitud pastoral, habéis dibujado dicha frase en un panel de cartón-piedra que habéis colocado en un lugar preferente del humilde local que os sirve de templo. Aunque sea, como lo es, que cumple la función de disimular la humedad del muro lateral izquierdo, no dejéis, empero, de meditar y vivir este pensamiento.*

*Perdonad si a lo largo de mi carta se me escapa alguna intemperancia como ésta. Sabréis disculpar a este viejo, que tuvo fama de cascarrabias. El mismo emperador Constantino me tildó de «insolente, orgulloso y hombre de discordia». Os aseguro que acaso fueron excesos de juventud que los años han suavizado considerablemente. Tengo mis defectos, aunque no me arrepiento de haber luchado apasionadamente por nuestro Señor y Salvador y por la Santa e Inmaculada Madre Iglesia, así como de haber animado incesantemente a mi comunidad en el seguimiento de Jesucristo.*

*Conocéis la vida turbulenta que me tocó en suerte: los veinte años de sucesivos destierros y las agrias po-*

*lémicas con los arrianos, «hombres que contradecían la verdad y fomentaban la herejía» y que habían perdido por completo el sentido del humor, pues no se entiende de otra manera que dijese tantas tonterías.*

*Escribí entonces alguna cosa, aunque no fuera yo intelectual ni teólogo de oficio, que poco tiempo dediqué a los estudios, sino «justamente lo necesario para no parecer ignorante», como dijo de mí cariñosamente mi hermano en el episcopado Gregorio de Nacianzo. Pero así me lo exigía el celo por la sana ortodoxia de la Santa Iglesia y el honor de nuestro Salvador. Se excedió el bienaventurado cenobita Pacomio al llamarme «padre de la fe ortodoxa de Cristo».*

*Las dificultades que padecí fueron muchas y recias, pero nunca me vinieron de mis amados hijos de Alejandría, que ciertamente me amaban, sino de ciertos clérigos oportunistas y de ciertos teólogos arribistas que buscaban más el favor imperial que la fidelidad evangélica. Si fui descalificado, no se debió a sospechas de heterodoxia, sino a las intrigas palaciegas de un tal Eusebio de Nicomedia, a quien nuestro Salvador haya disculpado su ceguera, producida por el ansia de medrar. ¡Cuánto se equivocan los fanáticos que me comparan con Lefebvre! Lo mío fue otra cosa.*

*Pero, y vamos a lo nuestro, aunque algo escribí, quedaron en el cálamo algunos desahogos que al presente os quiero referir. No en vano he iniciado mi epístola recordándoos que «Cristo resucitado enciende una fiesta continua en el corazón del hombre». Aunque aparecí hosco a los ojos de los hombres, sabe nuestro Señor que aprecié la alegría que hoy os recomiendo. Porque de eso os quiero relatar con palabras llanas, para que entendáis con claridad mis exhortaciones, no sea que, por pretender una exposición muy sesuda y aquilatada,*

*os cause aburrimiento u os quedéis a dos velas, como os sucede con los documentos de vuestros actuales pastores. Nunca escribí para engrosar bibliotecas ni para impresionar a la autoridad superior. Lo que se escribe es para ser leído y entendido.*

*Este desahogo y reflexión lo he reservado para vosotros, mis amadísimos hijos. Aunque os procuré hace algún tiempo un adelanto de estas reflexiones, os las ofrezco ahora notablemente ampliadas y dignamente impresas, que la decencia y la pulcritud no están reñidas con la obligada austeridad ni con vuestras opciones preferenciales.*

*Con lo antedicho no he querido contaros mis batallitas ni vanagloriarme de padecimientos, cárceles y represiones, que de eso ya presumen vuestros políticos y eclesiásticos exhibiendo sus dificultades de posguerra como crédito de fidelidad, valentía y amor a la democracia y a la Iglesia, respectivamente. Yo deseo gloriarme en nuestro Señor Jesucristo, que nos declara la fuerza de lo débil. Eso me basta y sobrepasa.*

*Ya sé que los tiempos bárbaros que me tocó vivir son muy distintos de los vuestros, pero ambos son recios. Si tuve que combatir la herejía, vosotros habréis de luchar contra el aburrimiento y la desesperanza, contra el miedo y el freno, que impiden el gozo de adelantar en el camino. Parados y quietecitos no tendréis dificultades, pero tampoco hallaréis motivos para la alegría.*

*Hay quienes siguen empeñados en ser aguafiestas, esos mismos que obligaron al santísimo Juan XXIII a declarar en la apertura del Concilio Vaticano II: «En el cotidiano ejercicio de nuestro ministerio pastoral llegan a veces a nuestros oídos, hiriéndolos, ciertas in-*

*sinuaciones de almas que, aunque con celo ardiente, carecen del sentido de la discreción y de la medida. Tales son quienes en los tiempos modernos no ven otra cosa que prevaricación y ruina... Nos parece necesario decir que disentimos de esos profetas de calamidades que siempre están anunciando infaustos sucesos como si fuese inminente el fin de los tiempos».*

*Os escribo, amados míos, para que no seáis vosotros así, sino profetas de esperanza. No deis motivos para que se vaya la alegría como avergonzada (Joel 1,12), sino más bien recordad que «el corazón alegre está siempre de fiesta» (Prov 15,15).*

*Aun siendo obispo, mis conocimientos son harto limitados, pues no se me otorgó el carisma de saberlo todo, sino el de animaros y confirmaros en la fe. Como sé de sobra que mi reflexión personal es reducida, suplid vosotros con vuestra probidad y buen sentido.*

# 1

---

## DONDE SE CONVIDA A LOS HERMANOS A SALUDARSE CON SENCILLEZ Y SE REFIERE CÓMO LA VIRGEN MARIA NUESTRA SEÑORA FUE INVITADA A LA ALEGRÍA

Reparad, amadísimos míos, en el relato del evangelista Lucas sobre la anunciación a nuestra Señora la Virgen Santa María. Reparad en el saludo del ángel: ¡*Alégrate!*, le dice, causando estupor y zozobra en la pura doncella.

Fervorosa y fiel creyente, la Virgen nuestra Señora oyó repetidas veces en la sinagoga la explicación de los 613 mandamientos que se encuentran en las Santas Escrituras, cumplió los preceptos, guardó las tradiciones y aguardó los días de la *alegría mesiánica* anunciada por los profetas. Llegado el momento, fue ella la primera en gustar la alegre invitación.

Meditad esta palabra, hijos míos, y encontrará vuestra alma solaz y contento. No fue una superficialidad del ángel tal saludo, como si, perplejo ante la belleza de tan inocente alma, hubiese saludado para salir

del paso. Bien pensado estaba este saludo, que concentra en sí el anhelo de todos los hombres de buena voluntad y realiza las esperanzas del piadoso Israel. Esta es la primera palabra de la Buena Noticia: ¡*Alégrate!*

No quisiera pecar de ligereza al declararos mi gozo al entender que en la Señora fuimos todos saludados y, por ende, invitados a la alegría. Me temo que algunos de vosotros y yo mismo no hemos acogido y practicado siempre esta invitación, de tal manera que os veo a veces tan taciturnos y angustiados como si nuestro Señor os hubiese invitado a la amargura. Os invito, queridos míos, a *convertiros* a la alegría. Haced caso a la recomendación del apóstol Pablo: «Manteneos alegres, como cristianos que sois» (Flp 3, 1), pues no es posible ser cristiano y estar triste.

### *Alegraos conmigo*

Todo *saludo* y todo encuentro es una invitación a la alegría. Por eso me alegro tanto al saludaros. Alegraos conmigo. Os exhorto vivamente a que os saludéis mutuamente siempre que os encontréis; que el beso y el abrazo sean signo de la alegría que sentís al veros y no mera fórmula de indiferencia social; que el saludo manifieste el interés y solicitud que tenéis unos con otros. No esperéis a tropezaros casualmente, apresuraos y adelantaos a ser los primeros. Son bienaventurados los que dan el primer paso, porque ellos aceleran el encuentro. No os hagáis los remolones, como quienes piensan que se lo merecen todo. Usad los medios técnicos que tenéis a vuestro alcance: la llamada telefónica o la carta oportuna son signos de interés y delicadeza y, os lo aseguro, siempre producen alegría.

Y nada digamos del *saludo mayor*. Me refiero a tomar una copa o a comer juntos, pues recibir en la propia casa es participar la intimidad, y compartir el pan es mimar la comunicación y el afecto. El alimento es un pretexto para el encuentro, y éste es el verdadero saludo de lujo, pues los que comen juntos en la casa ya no pueden ser unos extraños.

No encontraréis saludos que inviten a la tristeza y pesadumbre, que esto sería mayúsculo desatino. Entenderíais como impropio y no como saludo si alguien os dijese: «malos días», «me disgusta verte», «vaya usted con el diablo», «que te guarde el infortunio». El saludo, por contra, es expresión de buenos deseos, que salud es lo primero que se desea, pero salud completa, que salud del corazón es la alegría; o de otro modo: el corazón sano es alegre, apto para sentir al hermano y ver a Dios nuestro Señor. Así lo certifican las Santas Escrituras: «No hay bienestar superior a la alegría del corazón» (Eclo 30,16).

Cuando saludáis como Dios manda, estáis siendo buena noticia de salvación. Permitidme que lo diga: la alegría es un evangelio, y también el saludo.

Al saludaros, cambiad impresiones y no temáis rozar incluso el cotilleo, siempre que no se convierta en maledicencia, pues las cosas menudas y la pimienta de los detalles expresan la finura de vuestra fraterna preocupación. Intercambiaos noticias, estad informados, que eso crea comunidad, y no hay comunidad cuando se ignora cómo están y qué les ocurre a los hermanos. Atended la recomendación de vuestra Teresa de Avila: «Todo lo que pudieris sin ofensa de Dios, procurad ser afables y portaros con todas las personas que os tratan de manera que amen vuestra conversación y deseen

vuestra manera de vivir y tratar y no se atemoricen de la virtud» (*Camino de Perfección*, 41,7).

Saludaos, pues, y alegraos, porque el saludo amasa el encuentro, y éste es promesa, fiesta y comunión. Motivos tenéis para alegraros: por la dicha de veros, porque no estáis solos, porque juntos camináis al encuentro de nuestro Salvador. Así se lo hizo saber el ángel a nuestra Señora: «¡Alégrate!, el Señor está contigo».

### *Un poema de sencillez*

Saludaos con *sencillez* y con *verdad*, evitando vanas palabras de adulación, pues el hermano lee mejor el corazón que entiende los sonidos. Que la sencillez y la espontaneidad sean el aderezo de vuestro saludo.

Ejemplos tenéis en vuestras tradiciones populares. El documento *Nican Mopohua* (1649) describe los encuentros de la Virgen Santa María de Guadalupe con el indio Juan Diego en el cerro de Tepeyac. La Señora se presenta como «la siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios por quien se vive; del Creador cabe quien se vive; del Creador cabe quien está todo; Señor del cielo y de la tierra». Juan Diego dice, por su parte, que ante ella se siente «un hombrecillo, cordel, escalerilla de tablas, cola, hoja, gente menuda». A ella se dirige el indio candorosamente: «Niña mía, la más pequeña de mis hijas, Señora, ojalá estés contenta. ¿Cómo has amanecido?, ¿estás bien de salud, Señora y Niña mía?» Ved, mis hijos, en este saludo un poema de sencillez. Ved que la preocupación primera del simple indio es si nuestra Señora está contenta, si en su corazón se aposenta la alegría.

Somos gente menuda, gente sencilla, somos pueblo. Es lo que intentaba decir vuestro animado Cantinflas cuando confesaba: «yo no soy persona, soy gente». Pero reparad, amadísimos, que ser gente sencilla no es ser gente tonta, sino gente que sabe dar razón sencillamente, preguntarse el porqué y para qué y ponerse a vivir; es mirar y ver, descubrir al hermano, interesarse por su contento y alegrarse de verlo.

Al saludaros, no uséis fórmulas establecidas y protocolarias, rebuscadas por la vanidad de los hombres. Saludaos con simplicidad y no abuséis de los saludos que por ahí corren.

No empleéis el saludo-chuleta: «¡Hola! Que llego tarde, ya nos veremos», y no te da tiempo a contestar. Con este saludo (?) no se siente ni pena ni gozo, sino todo lo contrario. Por contra, algunos utilizan el saludo-paliza, que nunca acaba y más parece discurso de Fidel Castro; te cuentan la vida propia y ajena, y al final no sabes si te han saludado o te han recitado la biblia en pasta, Dios me perdone. Suele abundar todavía el saludo-dentífrico: «¡Qué bien estás! Buen tiempo tenemos, ¿verdad?», y esto se va diciendo con la voz engolada y sin dejar de enseñar los dientes. Te quedas perplejo, porque el remedo de beso se pierde en el aire y no sabes si te han saludado a ti o a los gamusinos. Parece que esto es cumplir el expediente o salir del paso, y para eso mejor es no perder el tiempo. También se emplea el saludo-chin-chin: «¡Adiós, adiós!» Después de todo, mejor es esto que mudarse de acera, que también se usa, por desgracia...

Que vuestro saludo sea sencillo y sincero, que de la abundancia de vuestro corazón hable y bese vuestra boca. No penséis que son más virtuosos los más reservados, pues la misma bienaventurada Teresa de Avila



advirtió a sus contemplativas monjas que, «mientras más santas, mas conversables con las hermanas».

Nunca entendí a los *estirados* que no contestan al saludo o, si lo hacen, parece que están concediendo un favor, pasando una factura o perdonando la vida. Sabedlo, hijos míos, no hay cargo ni encomienda ni prebenda que sitúe a un hombre por encima de otro hombre, pues todos tenemos dos agujeritos en la nariz y algún remiendo en el alma, y nuestro Señor nos hizo a todos, todos, todos lo mismito de importantes.

No neguéis el saludo, aunque seáis *muy* importantes, que la verdadera importancia está en la nobleza del corazón y su tarjeta de identidad es el saludo. Mientras más nobles, más sencillos. El que no se adelanta a saludar por mantener las distancias, va haciéndose cada vez más lejano y termina siendo extraño a los hermanos.

### *Acogeos mutuamente*

El saludo es signo de *acogida* y de aceptación. Acoged a todos, que nadie se vea privado de vuestro saludo, para que ninguno se sienta incómodo y extraño entre vosotros. Saludaos antes de cada reunión, máxime si se trata de la eucaristía: no iniciéis los ritos sin antes haber saludado y acogido a todos, especialmente a los nuevos, pues difícilmente puede celebrarse el sacramento de la fraternidad entre desconocidos. Cread un clima de serenidad y alegría, pues la celebración que no produce gozo no es fiesta y, si no es fiesta, no es celebración, sino rúbrica y mero rito.

Todos necesitáis ser acogidos y aceptados. Os sentiréis tan mal como yo cuando nadie os tiene en cuenta

y sois sólo un número o, en el mejor de los casos, un rostro. Me molesta oír referirse a alguien como «ese de la nariz larga» o «la rubia del pelo corto». No es concebible que en una comunidad se ignore el nombre de los hermanos y aquellos datos que identifican. Verdad es que no se ama lo que no se conoce. No miréis, pues, a nadie por encima del hombro, ni siquiera a los que *caen* por vuestras reuniones despistados, tímidos o acaso con aspecto extravagante: quizá se trate de algún peregrino que busca la razón de su esperanza. Como aconsejaba Pablo a la comunidad de Roma: «acoged incluso al débil en la fe, sin entrar en disputas sobre opiniones» (14,1), no sea que, si alguno no se siente suficientemente acogido, «se sacuda el polvo de sus pies en testimonio contra vosotros» (Mc 6,11).

Acoged con calor y sinceridad, que las meras palabras ya no engañan a nadie, porque hemos aprendido a leer lo que siente el corazón. La acogida amable puede proporcionar una experiencia fundamental para aquellos que se sienten perdidos en el tráfico de un mundo despiadado, y no digamos para quienes nunca pintaron nada y pasaron años aguardando en la cuneta. Todos, incluso los muy seguros, cultos y maduros necesitan sentirse queridos y escuchados.

Mirad cómo acogía nuestro Señor y Salvador, que no pasó de largo de niños y mujeres, ladrones y prostitutas, pecadores y posesos, hambrientos y leprosos. Recordad su recomendación: «quien acoge a éstos, a mí me acoge».

Recordad también la queja de Jesús a aquel fariseo que lo invitó a comer pero no le ofreció agua para los pies (Lc 7,44). Del mismo modo, nuestro Señor reprendió a Pedro porque no se dejaba lavar los pies, es decir, no se dejaba acoger, y esto les impedía comer

juntos. Siguiendo las enseñanzas del Maestro, Pablo amonesta a la comunidad de Corinto, porque su «reunión ya no es la Cena del Señor», pues «cada uno se adelanta a tomar su propia comida... avergonzando a los que no tienen», es decir, comen juntos sin acogerse, y ésta no es entonces la Cena del Señor, ése no es entonces el saludo mayor (1 Cor 11,17-22).

La acogida empieza por el saludo y conduce a la alegre fraternidad. La acogida, por lo demás, es transformadora y liberadora, como atinadamente narra el Evangelio sobre la samaritana, Zaqueo o la misma Magdalena. Repasad, hijos míos, tan alentadoras páginas y haced caso al apóstol: «Acogeos mutuamente, como Cristo nos acogió a nosotros para gloria de Dios» (Rom 15,7).

Acoger al otro es como convertirse en su posada. Advertid que el hermano es un caminante que necesita posar y reposar, que busca un lugar de descanso, una comida compartida, un alivio para los pies doloridos y un espacio para la confianza. Así como vosotros habéis encontrado muchas posadas en vuestro largo caminar, sed posada para los demás. Imitad a nuestro Salvador: él es nuestra posada. Cuando dice: «Venid a mí los que estais fatigados y cargados, que yo os aliviare» (Mt 11,28), Jesús se está manifestando como la más acogedora posada, en la que hay sitio para todos.

### *El piropo es gratis*

El evangelio de María comienza con un *piropo* y se desarrolla como una *alegre noticia*. Se le llama a María «la llena de gracia», la favorecida, la virgen gratis. Ella lo acepta con toda sencillez: «Mi alma alaba al

Señor y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador» (Lc 1,46).

Contrasta con la manera de relacionarse con Dios que tienen algunos: primero piden perdón, sin saludar, luego piden otras cosas, sin piropear, y luego se quejan de lo mal que está todo y de lo malos que son todos. Como si Dios no fuese gratis, como si no mereciera la pena creer en él por nada.

Tendríais que preguntaros si vuestra fe es gozosa o culpabilizadora, si os hace libres o mártires, si os llena de esperanza o de resentimiento. Me parece oír a nuestra Señora cuando Julián y Gloria recitaban su oración en vuestra eucaristía dominical: «Gracioso eres, en verdad, Señor, y digno de toda gratitud. Nuestro único motivo de orgullo eres tú, porque, siendo aún pecadores, nos diste tu Espíritu graciosamente, es decir, como quien ríe una gracia. Y así ya no somos unos desgraciados. Porque desde la debilidad de Jesús, muerto y resucitado, nos has manifestado que tu gracia transforma al hombre desde dentro y lo vuelve gracioso». Julián y Gloria reconocían así la gratuidad de su segundo hijo tras la pérdida del primero, que, al ver la primera luz, alcanzó la edad de la bienaventuranza.

Pero dar las gracias, amados míos, es reconocer lo gratuito y no humillarse. Porque es verdad que entre vosotros hay quienes siempre están *dando las gracias* y pidiendo disculpas, confundiendo las dos cosas como si ambas fuesen lo mismo. Da la impresión de que todo lo deben y para todo necesitan permiso. Les llegaron a convencer de que deben estar *agradecidos* por todo, y así se someten a una cierta liturgia de la inferioridad. Dar las gracias de esta manera no deja de ser una distorsión del sentido original de la gratitud, que no es otra cosa sino reconocer lo gratuito. En una perspectiva de

finura espiritual, se entiende que lo mismo ha de dar las gracias el que regala como el que recibe: a uno se le ha regalado una oportunidad, a otro, por ejemplo, un vaso de agua. Ambos se han encontrado gratuitamente con el agua, sobre todo si se bebe y ofrece fresquita.

De ahí que saludo privilegiado es el *regalo*. Prodigadlo entre vosotros. Con el regalo, elegante expresión de gratuidad, os decís más cosas que con las palabras, pues donde acaba el verbo entra el símbolo, y la insuficiencia del sonido la suple el grito del silencio significativo. No os hagáis regalos fáciles, de esos que se adquieren en los grandes almacenes, alimentan el consumo y os hacen quedar bien; buscad mejos aquellos obsequios alternativos que expresan lo que queréis decir y son fruto de vuestra creatividad. El regalo alegra a quien lo ofrece y a quien lo recibe, y ambos descubren que nuestro Señor nos regaló todas las cosas bellas y *los ojos para verlas*. Así sois mutuamente causa de alegría.

### *No seáis agoreros*

«Causa de nuestra alegría» es la Virgen nuestra Señora. El saludo de María hizo al niño moverse de alegría en el seno de Isabel; causa de alegría fue para los pastores de Belén, así como para los novios de Caná, que, atolondrados, vieron desbordadas sus apresuradas previsiones; causa de alegría fue para el Hijo la que guardaba la Palabra de Dios y la cumplía; causa de alegría para todos los que con ella aguardaban la cierta resurrección.

No presentéis vosotros a nuestra Señora renegando de los hombres y condenando sin juicio, como hacen tantos que dicen verla en lentiscos y alcornoques.

Con la sana intención de explicarme, os referiré alguna pretendida aparición de nuestra Señora, no sin declararos previamente el desasosiego y pena que me produce el que se haga a la purísima Virgen portavoz de opiniones muy particulares. No os oculto la gran desazón que siento por la falta de respeto a nuestra Señora cuando la traen y la llevan diciendo inconveniencias, condenando a mansalva y apoyando trivialidades. Aquellos que aman a la Señora y madre, la honran, veneran e imitan y no la rebajan a la condición de adivina, curandera, prestidigitadora, censora y agorera. Y no es que nuestra Señora no pueda manifestar su solicitud y la de su divino Hijo para con las criaturas, que sí la tiene y la manifiesta. Es que a veces no sabemos qué hacer para elevar nuestras particulares opiniones a la categoría de dogma.

A este respecto, me viene a las mientes aquel inspirado párrafo de san Juan de la Cruz. Dios, dice, «nos lo ha revelado en el Hijo todo de una vez». En lo cual da a entender el Apóstol que Dios ha quedado como mudo y no tiene más que hablar... Por lo cual, el que ahora quisiera preguntar a Dios, o querer alguna revelación o visión, no sólo haría una necedad, sino que haría agravio a Dios no poniendo los ojos totalmente en Cristo, sin querer otra alguna cosa o novedad. Porque le podría responder Dios de esta manera, diciendo: Si te tengo ya habladas todas las cosas en mi palabra que es mi Hijo, y no tengo otra, ¿qué puedo yo ahora revelar o responder que sea más que eso? Pon los ojos sólo en él, porque en él te lo tengo dicho todo y revelado, y hallarás en él aún más de lo que pides y deseas. Porque tú pides locuciones y revelaciones en parte; y si pones en él los ojos, lo hallarás en todo; porque él es toda mi locución y respuesta, y es toda mi visión y toda mi

revelación; lo cual os he hablado, respondido, manifestado, dándooslo por hermano, compañero y maestro, precio y premio» (*Subida*, II, 22).

Recuerdo al sacristán nicaragüense Bernardo Martínez, que dice venir viendo desde 1980 a la «Virgen de Cuapa» y dice asimismo que la Virgen recomienda «que se vuelva a las tradiciones de la Iglesia: el agua bendita». Y me dijo, dice el sacristán, «que se propague la devoción a las llagas de la espalda de Cristo» y que la Virgen pide «que se quemen libros malos de ateísmo». Un padre predicador apostilló en inquietante sermón: «Anoche quemamos en esta parroquia libros malos. Todo lo que nuestra Señora pide no es malo, aunque nos parezca sorprendente». ¡Y tan sorprendente!

Si tenéis tiempo y, sobre todo, humor, repasad los mensajes atribuidos a nuestra Señora en el Palmar de Troya o en El Escorial, donde Amparo ve a la Virgen junto a su divino Hijo y éste dice: «Yo estoy agotando mi misericordia y dentro de breves momentos vendré a aplicar la justicia sobre la tierra. No oiré lamentos ni me compadeceré de las angustias de los hombres. Estoy dando avisos por todo el globo terrestre para que los hombres se conviertan, y los hombres siguen en la pasión, en el desorden; materializados, hija mía. No hacen caso, y mi venida les pillaré desprevenidos». Y después de hablar así su Hijo, la Virgen invita a levantar «todos los objetos para ser bendecidos con bendiciones especiales para el día de las tinieblas» (mensaje de junio y septiembre de 1989).

Y no quiero referirme a las más recientes apariciones y revelaciones de nuestra Señora en Medjugorje (Yugoslavia), Grouchevo (Ucrania), Belpasso (Italia) o Alcira (España), que no quiero ofender a tan santísima Madre, que ella bien puede manifestárenos, pero de

otra manera. Porque no es, ni mucho menos, la agorera mayor del reino, sino la Dama de la alegría, la purísima Virgen, llena de gracia, Madre del Señor y Madre nuestra.

Sed vosotros, como ella, causa de alegría, sobre todo ahora que todo invita a la pesadumbre; sed dignos de esperanza en este tiempo de derrotismos; sed pregoneros del Reino que ya está entre nosotros; saludad la aurora de la nueva tierra y los nuevos cielos (Ap 21, 1-5); alegraos, porque el Señor está con vosotros (Zac 9,9); alegraos en la ilusión de las bienaventuranzas y no creáis que en cualquier cátedra posmoderna puede decretarse la muerte de la utopía, que a muchos hemos visto abolir por decreto y vivir de las rentas. ¡Estad alegres y sed felices!

Un amigo común suele decir: «cuando te digo: me alegro de verte, es como si te dijera: te quiero». Reparad, pues, cómo el saludo, aunque breve y humilde, contiene y encierra la médula de vuestra vocación: el saludo verdadero es una expresión del amor fraterno. ¡Cuánto amó nuestro Señor a la Virgen María, que eligió para saludarla la palabra más hermosa: «¡Alégrate!»!

Por lo demás, queridos míos, «alegraos; sed perfectos; animaos; tened un mismo sentir; vivid en paz, y el Dios de la caridad y de la paz estará con vosotros. Saludaos mutuamente con el beso santo. Todos los santos os saludan. La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros» (2 Cor 13,11-13).

DONDE SE INTENTAN RELATAR  
CUATRO COSAS BIEN DICHAS  
SOBRE LA ALEGRÍA,  
AUNQUE NO SE CERTIFICA  
QUE SEAN CUATRO  
NI QUE ESTÉN BIEN DICHAS

A pesar de haber iniciado mi reflexión con las antedichas disquisiciones, no olvido que el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo es una buena y alegre noticia.

Como ya os he referido, la Buena Noticia comienza con una invitación a la alegría: ¡Alégrate, María, la llena de gracia! (Lc 1,28). De principio a fin, el Evangelio de nuestro Señor hace la oferta del gozo. Juan Bautista «saltó de alegría» (Lc 1,44) en el seno de Isabel; María «rebosaba de alegría» en su *Magnificat* (Lc 1,46-55); «os anuncio una gran alegría», dice el ángel a los pastores, y no sólo una alegría para ellos, sino una alegría que «será para todo el pueblo» (Lc 2,10); los magos «se alegraron muchísimo al ver la estrella» (Mt 2,10) y, más tarde, Juan el Bautista exclamó al reconocer al Cristo: «mi alegría es perfecta» (Jn 3,29).

Alegre fue nuestro Señor Jesucristo, al que invocamos como «alegría del mundo, resplandor de la gloria del Padre». Él «admira los pajarillos del cielo y los lirios del campo. Su mirada abarca en un instante cuanto se ofrecía a la mirada de Dios sobre la creación en el alba de la historia. Él exalta de buena gana la alegría del sembrador y del segador; la del hombre que halla un tesoro escondido; la del pastor que encuentra la oveja perdida o de la mujer que halla la dracma; la alegría de los invitados al banquete, la alegría de las bodas; la alegría del padre cuando recibe a su hijo, al retorno de una vida de pródigo; la de la mujer que acaba de dar a luz a un niño...» (Pablo VI, *Gaudete in Domino*); la alegría que nos dejó como programa en las bienaventuranzas.

Cuando nació nuestra Iglesia, tierna y aún fragante, los hermanos partían el Pan «con alegría y sencillez de corazón» (Hch 2,46); en Antioquía, «los discípulos estaban llenos de alegría y del Espíritu Santo» (Hch 13,52), y al apóstol Pedro no le duelen prendas al elogiar a las comunidades de esta manera: «Vosotros rebosáis de una alegría indecible y llena de gloria» (1 Ptr 1,8).

En las Santas Escrituras del Nuevo Testamento aparece la alegría como rasgo fundamental de la vida cristiana, hasta tal punto que Pablo reconoce que es vocación del cristiano ser alegre (1 Tes 5,16); de ahí que recomiende a las comunidades de Filipo y Tesalónica: «Alegraos en el Señor en todo tiempo. Os lo repito: alegraos... Estad siempre alegres».

Si así dice el Evangelio y así vivió nuestro Señor, la alegría es para vosotros un *mandamiento*. Sólo con alegría se puede seguir a nuestro Salvador y Maestro. Si de él la aprendemos, «nadie podrá quitarnos esa alegría» (Jn 16,22).

Si buscáis cumplir tan grande vocación, favoreceréis «el cielo nuevo y la tierra nueva», en la que todos «se gozarán, con gozo y alegría eternos, de lo que voy a crear yo, dice el Señor, porque he aquí que voy a crear para Jesurálén alegría y para su pueblo gozo. Y será Jerusalén mi alegría y mi pueblo mi gozo» (Is 65,18-19).

### *Una cosa seria*

En lo tocante a la alegría, mejor es experimentarla que definirla. Cualquiera de vosotros, mejor que yo, puede hacer la glosa de sus excelencias. Quiero recordaros, sin embargo, que no puede ser alegría la sensación fugaz gratificante por una eventual compensación de la vida ni una pasajera emoción que refocila el ánimo; no puede ser alegría el pasar por la superficie de las cosas ni el huir del mundo *pervertido* («ojos que no ven, corazón que no siente», decís vosotros; no puede ser alegría la tranquilidad adormecedora de la falta de compromiso. Esto no puede ser alegría. La alegría es una cosa seria.

Hay quien intenta definir la alegría como «un estado mental con sensaciones agradables internas y, en general, con manifestaciones externas verbales y corporales. Se añade que en este estado hay una modelación de las percepciones sensoriales que se interpretan con mayor placer que el normal» (José M.R. Delgado, *La felicidad*). Puede quedar así hasta muy bien, pero no entiendo yo la alegría de que hablamos como un estado mental ni como una sensación, ni siquiera como una interpretación de las percepciones sensoriales, como si fuera algo que sólo nos llega de fuera y nos correspondiera apenas interpretar para mayor y mejor jolgorio.

La alegría, creo yo, no se puede comprar por kilos ni se puede ofrecer con receta ni se da a tal hora de tal día. Porque no se trata de que «se alegren las pajarillas» en una concreta ocasión, sino que se trata de ser alegres y estarlo. Que la psicología y la fisiología pueden decir cosas muy bien dichas de la alegría, pero no llegan al punto justo donde ella se aposenta, que no es otro que el centro de la persona; por ella queda uno envuelto y empapado, y no desaparece por cualquier veleidad o contratiempo.

### *La boca anegada de cosechas*

¿Cómo decirlo? Creo yo, amados míos, que la alegría ha de ser como un campo ondulante de amapolas, o como un cielo limpio cuajado de luceros, o como una puesta de sol en el otoño, o como cuando cantáis en comunidad aquella canción que tanto me complace: «Te bendecimos, Señor, por tantas cosas buenas, que si tenemos el corazón sencillo nos llenan de alegría: por los amigos, la vida, el canto, el sol y las estrellas, esta familia hoy te bendice». Esa puede ser la palabra: armonía. Eso puede ser la alegría: paz inquieta, solidaridad en la tarea, esfuerzo compartido, fraternidad mimada, acogida serena, sencillez de juicio, ánimo pronto, «espíritu lleno de Dios», «hacer el bien y dejar cantar a los pájaros».

Uno de vuestros autores estima que «la alegría es ser de verdad actual a uno mismo, pero ‘serse’ verdaderamente actual a uno mismo equivale a este hoy, a estar al día. Y en la misma medida en que sea verdadero que tú eres al día, en la misma medida en que tú vayas siendo más completamente actual a ti mismo en el estar

al día, en esa misma medida dejará de existir para ti el día de mañana, el día de la desgracia. La alegría es el tiempo presente, poniendo todo el empeño en lo de ‘el tiempo presente’. Por esta razón es Dios dichoso. El que eternamente dice ‘hoy’, el que eternamente e infinitamente se es actual a sí mismo en ese ser al día» (Soren Kierkegaard, *Los lirios del campo y las aves del cielo*).

Vuestro poeta se alegró seriamente al entender que la alegría es ver que «tiene el mundo otra cara», que la alegría es «un huerto del corazón con mares / que a los hombres invaden de rugidos», que la alegría es cuando «se grita ¡salud! a todos los que pasan / con la boca anegada de cosechas» (Miguel Hernández, *Juramento de la alegría*).

Pero ved, mis hijos, que para estar alegres hay que advertir la «otra cara», las otras «cosechas», los otros «mares» y a los otros «todos». No puede estar alegre el que no quiere ver o el que nunca se entera. Por eso habrá que defender la alegría «del dolor de estar absurdamente alegres» (Mario Benedetti).

Escuchad lo que dice el apóstol Pedro: «Arrojad todos vuestros cuidados sobre Dios». Arrojad completa y absolutamente vuestros cuidados sobre Dios, como lo hacen el lirio y el pájaro, y llegaréis a estar absolutamente alegres como ellos lo están. «Porque la alegría absoluta consiste en adorar la omnipotencia con que Dios todopoderoso porta todo vuestro cuidado con tanta facilidad como si fuera nada». Y la alegría absoluta también consiste en una segunda cosa que el mismo apóstol no deja de añadir: adorando de esta manera, atreverse a creer «que Dios tiene providencia de ti». «La alegría absoluta es, cabalmente, alegría en Dios, en

quien y del cual tú siempre puedes alegrarte absolutamente» (Soren Kierkegaard).

Es posible que mi palabra sea demasiado torpe para expresar en qué consiste la alegría cristiana. Ojalá mis cortas reflexiones aviven vuestro interés y busquéis en qué consiste la verdadera alegría, que juntos podéis descubrir lo que uno solo no alcanza, y nuestro Señor os puede inspirar más que a mí, a pesar de ser yo indigno obispo y siervo.

### *A pesar de las arrugas*

El elogio de la alegría que os ofrezco no me hace caer en la ingenuidad insana de la superficialidad, no sea que me ocurra como a aquellos que «siguieron variedades y se quedaron vacíos» (Jer 2,5).

La situación del mundo en poco invita al contento. Os suplico que no os descorazonéis si cargo las tintas en la panorámica que os trazo, porque la visión de las sombras no debe ser pretexto para apagar la luz, sino, por el contrario, motivo para avivarla.

Sabido es que desde el fin de la segunda guerra mundial se han producido en el mundo 130 guerras locales, las cuales ha producido más de 30 millones de víctimas. Algunas persisten, sin saberse cuánto alargarán la lista de destrucción y muerte.

Y el hambre, mis hijos, la guerra más atroz, que golpea inmisericorde a más de 420 millones de seres humanos y merodea en torno a otros 2.500 millones, afectándolos en diverso grado.

En estos días parece que se resquebraja el nefasto eje Este-Oeste, que durante décadas ha hecho del mundo

un gigantesco almacén de armamentos y ha polarizado las opciones políticas y militares hasta el límite del enfrentamiento. Pero aún permanecen el Norte y el Sur. Mientras que los países del Norte son cada vez más ricos, los del Sur se sumergen día a día en el pozo de la pobreza, de la deuda, de la inestabilidad, de la marginación. El santísimo papa Juan Pablo II lanzó oportunamente su denuncia profética, diciendo: «El Sur pobre juzgará al Norte rico. Los pueblos pobres juzgarán a aquellos pueblos que les han quitado sus bienes, arrojándose el monopolio imperialista de la economía y de la supremacía política a expensas de los demás». Una visión acabada de la situación del mundo os la ofrece el mismo Sumo Pontífice en su encíclica *Sollicitudo rei socialis*, cuya lectura atenta os recomiendo.

No olvido, aunque sería prolijo el análisis, y vosotros podéis hacerlo cumplidamente, las marginaciones que produce vuestra sociedad tan ferozmente competitiva e insolidaria y las nuevas pobreza que afloran en medio de la opulencia y el despilfarro. El paro, la droga, el SIDA, etc. están tomando carta de naturaleza y los veis ya como fenómenos normales que ni siquiera provocan el escándalo.

Pudisteis pensar, amadísimos míos, aunque en vosotros veo todo lo contrario, que el tremendo drama de millones de hombres estaba demasiado lejos. Sin embargo, las situaciones extremas las tenéis a las puertas de vuestras mismas casas. Reparad, por ejemplo, en la Villa y Corte de Madrid, próxima capital europea de la cultura, ciudad vividora como pocas. Sin embargo, 700.000 madrileños están bajo el umbral de la pobreza, y 30.000 de ellos pasan hambre. Estos son los pobres de los pobres, y da igual que algunos se empeñen en no verlo, aunque estén a las puertas de su casa. Por lo



demás, en la próxima capital europea de la cultura hay 80.000 analfabetos, 11.000 toxicómanos, 824 enfermos de SIDA, etc. Estas cifras pueden ser viejas mañana mismo. Valgan como testimonio.

Estos datos apuntan a la desigualdad social, como bien sabéis. La tradición de la Iglesia tuvo muy claro que el enriquecimiento de unos se hace a costa del empobrecimiento de muchos. Sabéis bien que la pobreza no es casual ni el amor es ciego. ¡Con cuanta razón escribieron mis hermanos en el episcopado en el Sínodo de 1971: «El Espíritu nos lleva a descubrir más claramente que, hoy, la santidad no es posible sin un compromiso con la justicia, sin una solidaridad con los pobres y oprimidos»!

Y, retomando el hilo de nuestro asunto, os advierto que no es posible la alegría ignorando lo que ocurre o cruzándose de brazos, pues la alegría nace aquí de la contemplación, de mirar y ver y de *participar* en el esfuerzo que alimenta la esperanza. No seáis vosotros superficiales, sino hondos contemplativos.

### *A pesar de todas las lágrimas tragadas*

Comprendo que Albert Camus se preguntase: «¿Tiene un hombre derecho a ser feliz en una ciudad invadida por la peste?», o que J.-P. Sartre dijese amargamente que «en esta tierra sangrante toda alegría es obscena». Es verdad que muchas «alegrías» claman al cielo. Creo, no obstante, que la alegría humana y cristiana de la que hablamos es necesaria y hasta imprescindible en la misma adversidad.

Gustavo Gutiérrez, el teólogo peruano experto en humanidad, afirma que en el pobre hay una vivencia

grande de la alegría humana y cristiana. Cuenta Gustavo que aprendió «de una anciana, en una comunidad, que la alegría no se opone al sufrimiento, sino a la tristeza en cuanto cerrazón. Esto permite comprender que un pueblo que sufre sea capaz de vivir la alegría, esa alegría que los ‘ilustrados’ pueden considerar como inconsciencia del pobre».

La alegría persite en medio del sufrimiento, impidiendo que éste se convierta en tristeza, en amargura, en encierro sobre sí mismo. El creyente, por su parte, enfrenta la adversidad desde la convicción que inspira el profeta Sofonías: «No te acobardes; el Señor, tu Dios, está en medio de ti; él goza y se alegra contigo, renovando su amor; se llena de júbilo por ti, como en día de fiesta» (3,16-18).

Mario Benedetti no duda en prestar su voz al pueblo que sufre, para declarar que:

«a pesar de todas las lágrimas tragadas,  
estamos con la alegría de construir lo nuevo  
y gozamos del día y de la noche  
y hasta del cansancio  
y recogemos risa en el viento alto».

El poeta reivindica «el derecho a la alegría», a pesar de estar rodeados «de tristezas y vainas, de muertes y escondites forzados», a pesar de ver «cómo nos nacen arrugas en la frente y nos volvemos serios».

\* «Pero siempre por siempre  
nos persigue la risa  
amarrada también a los talones  
y sabemos tirarnos una buena carcajada  
y ser felices en la noche más honda y más cerrada,  
porque estamos contruidos de una gran esperanza...

porque somos semilla y habitación  
de una sonrisa íntima  
que explotará  
ya pronto  
en las caras  
de todos».

Más prosaicamente, aunque con el mismo talante, habéis oído de la sabiduría andaluza: «Comer, no comeremos; pero reir, sí que nos reímos», o la exclamación más austera: «¡Ay, qué dolor, qué risa!»

### *Basurera mayor*

Sólo con el ánimo de ilustrar cuanto venimos refiriendo sobre la santa alegría, sobre lo que no es y debe ser, sobre la alegría en la misma adversidad, sobre cómo la alegría no es posible de espaldas a la realidad, sino asumiéndola y transformándola en espacio del Reino, séanos permitido traer a colación el testimonio de una amadísima hija en el Señor que, como muchísimos otros, ha decidido formar comunidad de destino con los menos favorecidos. Se trata de sor Emmanuelle.

En verdad que tiene la cara más arrugada que una pasa, pero el ánimo terso como un espejo. Me sospecho que a sor Emmanuelle le traen sin cuidado las arrugas que le han ido dejando sus muchos años de dedicación a la enseñanza o el tiempo compartido con los leprosos. Las arrugas, en este caso, son un atlas de geografía e historia. Bélgica (la religiosa es belga), Inglaterra, Turquía, Egipto han sido testigos de su inquietud. Pero El Cairo la fascinó y los *basureros* le robaron el corazón.

Sor Emmanuelle decidió instalarse en el suburbio cairota de Ezbet el Nakhl. Allí se encuentran la mayoría

de las 40.000 personas que se dedican a recoger la basura de la ciudad. Bien temprano, un ejército de generales del desperdicio recorren El Cairo, casa por casa, para recoger la basura que luego descargan en su propio suburbio. Después hurgan y clasifican el desperdicio: aquí el papel, aquí el trapo, aquí el plástico, aquí el vidrio... La reventa aporta un dinerito. Y con los restos de comida alimentan a los cerdos que engordan junto a la chabola.

Allí se instaló la monja basurera. Su primera salida fue alucinante. Acompañada por la joven Feuzaya, sor Emmanuelle empujaba el desvencijado carrito, gritando: ¡El basureroo! Bolsas, cajas, cubos a tope que llenaron rápidamente el carricoche. La segunda salida fue más penosa. Con las manos llenas de ampollas, apenas podía empujar el carro. Y aquel dolor de espalda y aquellas agujetas en las piernas... Porque sor Emmanuelle tiene veintimuchísimos años. Y hubo muchas salidas más de esta nueva generala del desperdicio.

Con dinero de la solidaridad, la monja levantó una escuela en el mismo suburbio de Ezbet el Nakhl. Después construyó un dispensario, un jardín de infancia y un taller de artesanía. Más tarde pudo inaugurar el centro Salam, en el que son acogidos los ancianos marginados del barrio. Sor Emmanuelle contó con la estrecha colaboración de una religiosa copto-ortodoxa, cuyo nombre desconozco, pero que a buen seguro nuestro Señor tiene escrito en su libro de los promotores de justicia.

«Recorriendo los suburbios, dice sor Emmanuelle, a veces me siento acongojada frente a tanta miseria. Me siento como una gotita en la inmensidad del océano. Si no tuviera fe, hace mucho tiempo que me habría ahogado en el río Nilo. Pero cuando miro a ese chiquillo que puede ir a la escuela, a la joven Feuzaya que en su sucia chabola canta serenamente versículos del Evangelio, en-

tonces veo que la vida desemboca a esta noche y no conoceré más la muerte. La relación que yo tengo con mis hermanos y hermanas basureros nos enriquece mutuamente. Son ellos quienes me evangelizan».

Varias universidades han concedido a sor Emmanuelle el doctorado *honoris causa*. Vosotros podríais nombrarla generala menor del desperdicio y basurera mayor del reino de la alegría.

Bien sé que no todos estáis llamados a ser como la hermana Emmanuelle. Optar por los pobres con alegría y hacer estas cosas excelentes es un privilegio. Pero otras cosas menos vistosas e ignoradas que vosotros hacéis obtienen la misma complacencia a los ojos de nuestro Señor. Se trata de ser alegres y estar resucitados, que, al parecer, es lo mismo.

«Impresionadas y llenas de alegría», nos cuenta el Evangelio, María Magdalena y la otra María salieron corriendo para anunciar a los discípulos que el sepulcro de nuestro Señor estaba vacío. Jesús les salió al encuentro y les dijo: «Alegraos... no tengáis miedo». La alegría es, pues, vuestra condición. Las mujeres, junto al sepulcro, fueron testigos de la resurrección de la alegría. Esa fue la primera palabra pronunciada por el Maestro resucitado: ¡Alegraos! Esa es nuestra recomendación: Andad alegres, es decir, andad resucitados.

### 3

---

#### DONDE SE HACE UNA ALUSION A LA TRISTEZA Y SE CONCLUYE QUE EL TRISTE ES UN MEDIOVIVO

Sabiendo todo esto, ¿cómo es posible que haya todavía tantos cristianos taciturnos, tristonos y malhumorados? Decía Federico Nietzsche, uno de vuestros autores, que, para que él pudiera creer en el Redentor de los cristianos, éstos tendrían que cantar otras canciones y sus discípulos parecer más redimidos.

Hemos de reconocer con toda humildad, mis hijos, que hemos pintado demasiado oscura la fachada de nuestra Iglesia. Hemos cargado las tintas más sobre la muerte que sobre la vida, sobre lo negativo que sobre lo positivo. Nosotros creemos en una cruz resucitada. Un cualificado teólogo ortodoxo se sentía incapaz de contar a su pequeño hijo que Jesús había resucitado; las cruces lo desmentían, el niño iba de cadáver en cadáver. Por eso exclama: «¿Por qué habéis representado por todas partes a Jesús como cadáver, a él, vencedor de la muerte?» (Olivier Clément, *El otro sol*). Queridos hijos, buscad al Resucitado, vivid con alegría, que la cruz nos viene dada.

¿Por qué hemos hecho una Iglesia tan oscura? ¿Por qué tantas condenas, protestas, desmentidos, intransigencias? ¿Por qué tanto ceño fruncido entre los que habéis aceptado un Evangelio de libertad y liberación, de amor y de perdón, de reconciliación y misericordia? ¿Por qué no tomáis en serio el mandamiento de la alegría? Cualquiera diría que habéis aceptado la fe a regañadientes, que no sois hijos de la gracia, que no es la libertad vuestra vocación (Gal 5,13). Necesitáis más esperanza y menos miedo, más ánimo y menos suspicacia, más arrojo y menos freno.

Reconozco que yo fui hosco, intransigente e inflexible, y que sólo los años fueron apaciguando mi fogaosidad. Por eso os quiero prevenir, no sea que gastéis la vida en balde. Porque a vosotros también os ocurre, y es sólo un ejemplo, que en la divergencia de opiniones fácilmente os irritáis, os encerráis en vosotros mismos y perdéis la alegría. Sabed que ninguna opinión es mejor que otra y que más se consigue con amor que con acaloramamiento. La flexibilidad es signo de sabiduría, y la tolerancia indica madurez. Sed comprensivos, que la comprensión es signo de inteligencia. No estéis tristes ni seáis motivo de tristeza para los demás. Haced caso al Espíritu Santo:

«No te dejes abatir por la tristeza  
ni abatir por la propia culpa:  
alegría del corazón es vida del hombre,  
el gozo alegra sus años;  
consuélate, recobra el ánimo, aleja de ti la pena,  
porque a muchos ha matado la tristeza,  
y no se gana nada con la pena.  
Celos y cólera acortan los años,

las preocupaciones aviejan antes de tiempo.  
Corazón alegre es gran festín  
que hace provecho a quien lo come» (Eclo 30,21-25).

Junto con el malhumor y el miedo, la tristeza es un ataque directo a la alegría. Permitidme que insista para preveniros y, así, no caigáis en esa gran trampa que reduce al espíritu secándolo de ilusión y aprisionándolo en las redes de la soledad estéril.

La *tristeza*, amados míos, envuelve y oculta el horizonte, penetra hasta los tuétanos, se adueña de pensamientos y sentimientos y se constituye en ama y señora de la vida y de la muerte. La *tristeza* es ensimismamiento, es narcisista y ególatra, hace abandonar toda actividad y desertar de toda misión. No lleguéis al extremo de aquel que «estaba tan triste que todo le daba lo mismo», en observación de Milan Kundera. Quien se somete a la tiranía de la tristeza renuncia a vivir significativamente.

La tristeza termina siendo una pedantería. El triste encuentra en su tristeza una fuente de sabiduría; piensa el triste que él sí que profundiza, que los demás nada pueden enseñarle, porque son superficiales y anodinos. Tal petulancia le lleva a autoconvencerse de que le basta y sobra con dialogar consigo mismo, es decir, que no necesita a los demás. Al fin, de tanto ahondar, queda atrapado en el fango.

Hijos míos, os lo advierto: la tristeza es estéril, por más que presuma de hondura. Hijos míos, el triste se agota en la contemplación de su propio ombligo y, a fuerza de autocomplacerse, se autoaisla y autoelimina. También yo, como el santo cura de Ars, «si estuviese triste, iría a confesarme», que tal desatino es la tristeza.

No quiero referirme aquí a la melancolía que produce una eventual depresión, que eso es accidente y

enfermedad, sino a la cerrazón y al ensimismamiento, a desertar de la alegría de vivir como quiere nuestro Señor, a entristecer a los demás con la propia tontería, que bien lo dice el refrán: «Quien ama la tristeza encontrará siempre alguna cosa de la que lamentarse».

### *Parecen amargados*

Ya veo, no tenéis que recordármelo, que estáis viviendo una recia época de *malhumor* en alza. Los hombres públicos, civiles y eclesiásticos, prodigan más el ceño fruncido que la sonrisa, y el pesimismo se ha apropiado el papel de protagonista. Creo yo que en el fondo se trata de miedo. Hay frecuentes intercambios de condenas y descalificaciones, de tal manera que, cuando abris el periódico cada mañana, buscáis mecánicamente de qué se quejan los líderes religiosos o a qué se refiere la ya habitual nota de protesta o qué teólogo, moralista, película, vídeo o libro se ponen en entredicho.

Vuestros medios de comunicación llamados «católicos» son tan terroríficos como mis sermones contra los arrianos: usan un lenguaje tan agrio que parece resentido y hasta de mal gusto; se sienten tan abanderados de la ortodoxia y de las lealtades y usan tal apologética que apenas dejan resquicio a la fuerza del Espíritu y a la libertad de los hijos de Dios. Parecen amargados. Me temo que hacen flaco servicio a la evangelización. Más bien se les podría aplicar la máxima de la Escritura: «Para el afligido, todos los días son malos» (Prov 15,13).

La situación general aparenta «un retorno miedoso a los buenos tiempos pasados», de tal manera que parece que «estamos viviendo el *invierno de la Iglesia*, de esta

Iglesia en la que seguimos escuchando la palabra de Dios y recibiendo su gracia» (Karl Rahner).

Cuando la vida no es fácil para muchos de vosotros, apenas hay quien encienda velas de esperanza. El pesimismo viene a enturbiar aún más las aguas revueltas del vivir cotidiano. Sigo pensando, amadísimos míos, que el pesimismo y el malhumor difícilmente casan con el Evangelio de nuestro Señor.

### *Mucho miedo*

Os estáis acostumbrando a convivir con el *miedo*, y esto no os lo puedo alabar. Bien sé que en el correr de la vida se van ampliando progresivamente los temores: al infantil miedo a la oscuridad se va añadiendo el miedo a la claridad; al miedo al riesgo se añade el miedo al arriesgo... Algunos permiten que el miedo los esclavice y paralice.

El miedo condiciona los compromisos, se burla de la lógica, decide a veces por vosotros. El miedo impide optar por la ingenuidad y la transparencia, porque hace precavidos, cautos... El miedo rompe los lazos de fraternidad y distingue entre buenos y malos, ellos y nosotros, buenas y malas compañías. El miedo es conformista, instala en lo más cómodo y rutinario; el miedoso no opina ni da la cara, sino que se apunta a lo que *se dice, se piensa, se hace*... Mal asunto, mis hijos. Con miedo, se mediovive.

Os acabo de decir, mis hijos, que el miedo impide optar por la *ingenuidad*. Permitidme que divague sobre este aserto y vuelva a subrayar que se puede ser ingenuo por opción. Es posible, amadísimos míos, que esta opción os deje a la intemperie, porque con ella apostáis

por lo inocente y lo sencillo, lo transparente y lo derecho, y rechazáis así el retorcimiento, la doblez e incluso la desconfianza. Los antiguos romanos llamaban ingenuos a los que habían nacido *libres*, y esto es lo que en el fondo se busca al optar por la ingenuidad.

Es cierto que esta opción ni viste bien ni es bien vista, pero ése es otro cantar. Evidentemente, el ingenuo desarma a los más cuerdos, acordes y listos, porque está más cerca del ensueño que de la diplomacia. Y, sobre todo, porque el ingenuo ha despreciado al miedo, que esto sí se puede despreciar. No dudéis en reivindicar la ingenuidad, la libertad, frente a tanto sesudo y parálitico miedoso.

Mi mismo secretario, que sin duda es más ingenuo que «prudente», tuvo la veleidad de escribir un poemilla o manifiesto, o lo que sea, que os regala.

Vosotros, los sensatos,  
que hacéis y decís todo con sentido,  
que os regís por una lógica implacable  
y todas vuestras cuentas  
dan un exacto resultado.

Vosotros, los cuerdos,  
acordes con la medida justa y la prudencia,  
que guardáis con pulcritud el justo medio  
y vuestra balanza  
es un prodigio de equilibrio.

Vosotros, los maduros,  
cuyo criterio monolítico y a punto  
no vacila ni equivoca,  
que regaláis sentencias y recetas  
sin temor alguno a equivocaros.

Vosotros, los corteses,  
de saludo elegante y refinado,  
que sabéis disimular el pensamiento  
y ni un gesto de pena o gloria

empañá la estudiada expresión y los modales.  
Vosotros, los coherentes,  
que calculáis palabra y gesto  
y nunca os salís de lo acordado,  
que sabéis aconsejar certeramente  
y vuestra recomendación se guarda  
como oro en paño.  
Vosotros, todos,  
permitid la carcajada y el lamento,  
lo ilógico, irracional y extemporáneo;  
la rabia, la euforia, el pataleo;  
permitid la ilusión y la desesperanza,  
el ser y no ser de la agonía,  
que los ingenuos tienen algo todavía  
que a vosotros falta  
y el mundo necesita.

Reconozco que esta opción os está resultando a algunos bastante cuesta arriba. Los que habéis vivido con dignidad vuestra libertad no osáis mirar atrás que tantas veces atravesaron suavemente las celosías. Andáis algunos en la sola soledad desconcertante.

Parece que ahora nadie tiene una palabra positiva, y pocos invitan a seguir; tras cada esquina se encuentra agazapado el «esto no y aquello tampoco». Muchos tenéis miedo y está en peligro vuestra alegría. Los más lúcidos o, acaso, los mejor intencionados dicen que el mundo se rige inexorablemente por la ley del péndulo y que a la euforia sigue la depresión, que por eso ahora toca repliegue general para la política, el trabajo, la filosofía, la convivencia y la Iglesia.

*El miedo es un despropósito*

Pero el miedo, queridos hijos, es hasta incompatible con la fe. Permitidme que os declare una última

convicción: entre algunos cristianos existe una forma de no creer: tener miedo. No se fían ni confían en nuestro Señor. El mismo Señor Jesús hace repetidas veces una contraposición entre el miedo y la falta de fe; recrimina a sus discípulos mientras atraviesan el lago de Tiberíades: «Por qué sois tan miedosos? ¿Por qué no tenéis fe?» (Mc 4,40); y lo mismo repite a Jairo: «No tengas miedo. Solamente ten fe» (Mc 5,36). Así pues, mis hijos, si hay fe, no hay miedo.

Nuestro Señor Jesucristo, Salvador y Maestro, previene repetidas veces a sus discípulos sobre el miedo. Cuando, una vez resucitado de entre los muertos, sale al encuentro de las mujeres que volvían del sepulcro, les dice: «Alegraos, no tengáis miedo» (Mt 28,10). Nuestro Señor contrapone miedo y alegría. Juntos no pueden convivir. Ante el miedo, la alegría se va como avergonzada; ante la alegría, el miedo huye burlado.

El miedo, por otra parte, no puede ser criterio de proyecto de vida. El miedo no vale para aconsejar e invalida toda decisión; el miedo se opone al amor y mata la alegría.

Me temo que algunos tenéis aún miedo a ser felices. Algunos habéis olvidado el aspecto lúdico de la vida. La serena contemplación de la naturaleza, la larga conversación en la terraza, la interminable partida de bolos o el tranquilo paseo a la caída de la tarde proporcionan a algunos un inevitable sentimiento de culpabilidad por el tiempo perdido inútilmente. Están éstos convencidos de que lo importante es lo pragmático, lo eficaz, lo útil. Quizá hayan de pedir perdón por no saber gozar serenamente de la vida. Muchos tienen miedo a ser felices.

Y algunos siguen teniendo miedo a Dios. Sí. Todavía. Pero «el tormento, la tristeza y el miedo no vienen de Dios. Dios no es un atormentador de conciencias.

Dios no os quiere borrachos de culpabilidad, sino desbordantes de confianza». Urge, pues, salir de la espiral del miedo, porque «nadie, conociendo a Cristo, puede ser un mediomuerto de miedo», os recordaba no hace tanto el hermano Roger de Taizé.

Ya conocéis lo que recuerda la Escritura: «Si nuestra conciencia nos acusa, Dios es más grande que nuestro corazón». Con miedo no podéis amar a nuestro Señor ni anunciar su Evangelio. Atended la recomendación de Pablo a Timoteo: «No tengas miedo de dar la cara por nuestro Señor. Toma parte en los duros trabajos del Evangelio según las fuerzas que Dios te dé» (2 Tim 1,8).

Por miedo, amados míos, «pasan» algunos displicentemente de los acontecimientos y se apuntan a la música celestial. Parece que la indiferencia ha ganado la batalla. No ponen ya los pelos de punta las grandes noticias, sino que más bien se reciben como quien oye llover. No sé si se está perdiendo la sensibilidad o si está enferma la esperanza. Después de todo, el miedo es fatalista y el miedoso es un resignado. El miedo, además, es una deserción, y el miedoso un egoísta.

El miedo paraliza y enmudece y sumerge en silencios tan negros como la boca de un lobo. Hay silencios mudos, elocuentes y clamorosos. Hay silencios gratificantes, sagrados, voluntarios, impuestos. Hay silencios hijos naturales del miedo. Está el silencio del que tiene que aguantar para poder sobrevivir; el silencio del que tiene que tapar para poder conservar; el silencio del que tiene que firmar con pseudónimo; el silencio del que tiene que actuar bajo cuerda; el silencio de la tumba...

Informado estoy del silencio que se os impone en las cartas que recibís desde los imperios del miedo: «no

lo digas», «no me nombres». Cien mil ojos de miedo acechan: no estoy, no soy, no hablo, no digas. Cuánto no. Cuánto miedo. Un ilustre escritor recomendaba a los niños, desde la televisión, que aprendieran urgentemente dos palabras: *yo* y *no*. Pienso que, a pesar de todo, hay que aprender antes: *tú* y *sí*. El miedo convierte a veces el silencio en cementerio.

### *El miedo es peligroso*

Os acecha el miedo, hijos míos, como aceché a los apóstoles escondidos en la casa con las puertas cerradas. Así parecían estar más seguros, pero estaban privados de entrar y salir. De haber continuado encerrados, pronto hubieran aparecido las rencillas y el anquilosamiento, pues una comunidad cerrada en sí misma y centrada en sus problemas no será la comunidad nacida de la alegría del Resucitado.

Para que los apóstoles salieran a la calle a pecho descubierto, para dar el salto del temor a la ilusión, necesitaron vencer el miedo. La fuerza del Espíritu hizo posible ese milagro. A vosotros también se os regalado la fuerza del Espíritu, pero aún tenéis miedo. Y el miedo, os lo repito, es malo. Es paralizante. Por miedo, la comunidad puede meterse en su casa y cerrar las puertas, puede aislarse en la burbuja de cristal de las ideas y las ideologías y sucumbir a las fáciles tentaciones de la pasividad, la comodidad o los paralelismos estériles.

El miedo, además, es peligroso, porque distorsiona la realidad y fácilmente degenera en sospechas, en caza de brujas, en enfrentamientos, en indiferencia.

En cuanto a la *sospecha*, se tiene a veces la impresión de que se retorna a los tiempos de los mutuos recelos y desconfianzas. El hermano, en principio, pasa

a ser un sospechoso, y sobre él pende la amenaza de la duda. Si no se llega a consagrar a veces el «homo homini lupus», me temo que se llega a rozar a veces el «homo homini inimicus». Pero ved, mis hijos, que esta postura niega la fraternidad y, si cabe, rechaza el milagro de la misericordia.

Proliferan en estos tiempos los buscadores de herejes. Me refiero a aquellos que encuentran en cada página un ataque a la ortodoxia y, consecuentemente, les falta tiempo para denunciar errores, desviaciones, peligros y modelos de Iglesia no acordes con la sana tradición (que suele ser su visión particular). Me refiero a los que descalifican, porque la suya es la interpretación «auténtica», «verdadera», «segura» y una larga lista de calificativos «verdaderos», «seguros» y «suyos». Y me llama la atención su permamente amargura. Las reiteradas condenas crean un clima propicio para enviar a cualquier a la hoguera. Por ningún sitio aparece un resquicio para la flexibilidad, la tolerancia y la alegría que deben animar al discípulo de nuestro Señor y Salvador Jesucristo.

El miedo conduce a otros a asumir una especie de neo-clericalismo tan pueril como el antiguo, pues coinciden ambos en ir siempre tras el clero con una vela o con una estaca. Creo yo, mis hijos, que nadie puede justificar su propia mediocridad apoyándose en los errores de sus pastores. Así como se dice que la culpa de todo la tiene el Gobierno, para los neo-clericales, de uno u otro signo, la culpa la tiene la jerarquía. No me consta que esto os ocurra a vosotros, pero siempre será bueno tener en cuenta que no se pueden perder energías en batallitas de sacristía. Sed críticos, no criticones. Vuestra madurez en la fe ha de llevaros a la correspon-



sabilidad, y no necesitáis vosotros niñeras, sino servidores.

El obispo, mis hijos, no es más que obispo. Por gracia de nuestro Señor, él es un punto fundamental en la Iglesia, pero no es toda la Iglesia; él es un pastor y padre, pero no es «superman»; él es un creyente, pero no necesariamente un santo, a pesar de que se le requiera la santidad adquirida». Bien sabe él que su primera misión es confirmar en la fe, animar el camino, unir a la comunidad y ser signo de esperanza y alegría; y bien sabe que no debe ser ante todo freno, amenaza, censura y condena. Me complacen tan poco los fieles criticones como mis hermanos en el episcopado que reclaman ávidamente incensario y ciega aprobación.

Teniendo en cuenta todo esto, amad a vuestros pastores, permaneced en comunión con ellos, aunque sea en comunión crítica, que ésta es la verdadera comunión, que la debida obediencia y la necesaria caridad no obligan a aceptarlo todo sin el conveniente discernimiento. Que, si no sois críticos, es porque estáis interesados; que al que no le importa, ni se para a analizar ni se complica en disentir.

Me da la impresión de que el miedo que tenéis a vuestros pastores, y el que ellos os tienen, es pura gana de incordiar y es mutuo desconocimiento. Al diálogo le queda un larguísimo camino.

Es verdad que son «recios» los tiempos que vivís, pero también es verdad que el Evangelio conserva su fragancia y el Espíritu está presente y sigue empujando. Por muchos silencios impuestos, por muchas sordinas acopladas, por muchas alas recortadas, el Espíritu sigue inspirando, y Dios es más grande que nuestra debilidad.

No lo olvidéis, mis hijos: la tristeza, el malhumor y el miedo son los enemigos capitales de la alegría.

---

DONDE SE RETOMA EL ARGUMENTO  
DE LA ALEGRÍA Y SE VUELVE A INVITAR  
A SER ALEGRES Y A HACER EL BIEN,  
ES DECIR, A SER COMO NIÑOS  
Y A SER SANTOS

Cuando el emperador Juliano me sancionó por segunda vez con el destierro, nuestro Señor me concedió la gracia de conocer y tratar al bienaventurado Antonio, auténtico y verdadero padre de los monjes. A la muerte de este santo anacoreta, me permití escribir su biografía. Tanto me había sobrecogido su virtud.

El rostro de aquel santo varón irradiaba un encanto maravilloso, como gracia del Salvador. A todos atraía el semblante de Antonio, y no era en verdad por su especial prestancia y belleza, sino por la pureza de su alma, por la paz que irradiaba, por la alegría que asomaba por sus ojos. «El mismo gozo espiritual confiere una mirada alegre, y los movimientos del cuerpo transparentaban el equilibrio del espíritu, como dice la Escritura: ‘Corazón alegre hace buena cara, pero la pena del corazón abate el alma’ (Prov 13, 13). De este modo, supo Jacob que Labán pensaba mal de él y dijo: ‘Nuestro padre ya no me mira como antes’ (Gn 31, 5). Y Samuel

conoció también a David por 'sus ojos alegres y sus dientes como leche' (1 Sam 16,12). Así estaba siempre Antonio: nunca se le vio inquieto, pues su alma estaba siempre tranquila; no podía estar triste el que tenía su espíritu lleno de Dios» (*Vita Antonii*, 67-68).

Podrías pensar que para el bienaventurado Antonio era más fácil la alegría que nadie puede quitar. Podrías pensar que el santo anacoreta, solitario y alejado de los hombres y del mundo, no podía inquietarse por las desventuras que desconocía ni por el roce con los hermanos. Ya sabéis que, incluso en la soledad, la alegría huye del insolidario, y no digamos del indiferente.

Doy fe de que Antonio era alegre, porque estaba «lleno de Dios» y no hay contento mayor que la alegría de la fe, de dejarse empapar por nuestro Señor y por el espíritu de las bienaventuranzas. El monje es hombre de carne y hueso y no querubín y, siendo contemplativo, llega a lo más hondo en la apreciación del hermano, porque en él encuentra al Dios invisible.

¿Acaso podéis estar alegres cuando os llenáis de otras cosas? ¿Acaso los afanes de este mundo pueden proporcionar otra alegría sino aquella que pasa como flor de heno o suspiro de circunstancias? ¡Cuánto celebro que no estéis encadenados al consumo, que vuestro interés no esté en el dinero y en medrar, que no hayáis puesto vuestra esperanza en los premios de la «loto» y que no os quiten el sueño los devaneos de la gente guapa!

### *La alegría de hacer el bien*

Ya os recordé en aquella lejana carta cuaresmal que para la fiesta de la alegría habíais de adornaros con vestidos absolutamente limpios, y «os vestís así cuando amáis la virtud y aborrecéis el vicio; cuando guardáis

la castidad y evitáis la lujuria; cuando preferís la justicia a la iniquidad; cuando os contentáis con las cosas necesarias y os entregáis más bien a fortalecer vuestra alma; cuando no os olvidáis de los pobres, sino que estáis determinados a que vuestras puertas estén abiertas para cualquiera; cuando os esforzáis por humillar vuestro ánimo y detestar la soberbia» (*Epistula festalis*, IV, 3).

Este es un posible programa de la alegría que, a pesar de mis años, me atrevo a ofrecer a vosotros, que os consideráis posmodernos. Porque lo que vale, vale para siempre. Disculpad la inmodestia. Autoridad me dan mis canas.

Cuando sois limpios y transparentes, sencillos y evangélicos, entonces os convertís en hijos y padres de la alegría. Cuando sois rebuscados y retorcidos, aunque no me consta, amigos de segundas intenciones, malpensados y simuladores, entonces os convertís en verdugos de la alegría. Donde la sencilla alegría no reina, sobresalen los petulantes, que se lo saben todo y se sitúan por encima del bien y del mal. Pero donde reina la pedantería se pierde la fragancia, se empaña la alegría de la fe y se agosta la sencillez.

No seáis vosotros así, sino de la otra manera, que la alegría es autenticidad y gracia y granjea amigos, como bien experimentó la santa de Avila: «En ocho días (de estar en el convento) estaba muy más contenta que en casa de mi padre. Todas estaban conmigo, porque en esto me daba el Señor gracia, en dar contento a donde quiera que estuviese, y así era muy querida» (*Vida*, 2,8).

### *Sed alegres*

Permitidme que pida prestado el verso para decir a la alegría que

«como la tierra  
eres  
necesaria.  
Como el fuego  
sustentas  
los hogares.  
Como el pan  
eres pura.  
Como el agua de un río  
eres sonora.  
Como una abeja  
repartes miel volando»

(Pablo Neruda)

Bien informado estoy de vuestra apuesta por la alegría y de cómo vuestros encuentros, reuniones y celebraciones son una fiesta. ¡Cuánto me contenta comprobar lo atentos que estáis y lo diligentes que sois en acudir a las necesidades de los hermanos! Ya sé que habéis entendido el mandamiento de la alegría y lo habéis convertido en el lema de vuestros compromisos. No desistáis en el empeño. Más bien, tened presente la antigua recomendación: «Arranca de ti la tristeza, porque ésta es hermana de la duda y de la impaciencia. Revístete, pues, de alegría, que halla siempre gracia delante de Dios y le es acepta. Y ten en ella tus delicias. Porque todo hombre alegre obra bien y menosprecia la tristeza» (*El Pastor de Hermas*, X).

Que vuestra alegría sea ese talante interior que dispone a hacer el bien y verlo todo con magnánime generosidad. Huid de la broma bufona, que nunca produce regocijo, sino malestar y resquemor; huid de la ironía hiriente, que hace de la sonrisa una mueca y de la carajada una mentira; huid de la burla, que «es traidora, porque por ella se dicen pretendidas verdades que no se

tiene el valor de decir cara a cara; que es cobarde, porque destruye la persona del hermano ante los demás» (*Regla de Taizé*); huid del sarcasmo, que humilla y aleja; de la risa sardónica, afilada como un cuchillo; de la risa cáustica y disolvente, de la mordacidad y de la mueca en la comisura de los labios; huid de la sonrisa «light», que más indica desprecio que aceptación.

Aprended de vuestros niños, que a veces os echan en cara vuestra alegría simulada y vuestro falseado contento. Porque no se puede uno alegrar de cualquier cosa ni de cualquier manera. No hace tanto que los niños de vuestra catequesis escribieron una carta al mismísimo Señor y Dios nuestro protestando por el jueguecito llamado «de la guerra», que los adultos consideran «un deporte, un juego de niños para disfrutar». Hay cosas, hijos míos, con las que no se puede jugar ni en broma. ¿Cómo es posible que alguien juegue a la guerra para alegrarse? Con toda razón protestan vuestros niños con esta carta que os transcribo, por si la habéis trasapelado:

«Resulta, querido Dios, que hay unos señores que se visten de guerrilleros y en un campo se disparan con pistolas unos a otros, como si fuera la guerra. Dicen ellos que esto es un juego. ¿No es verdad, Dios, que, si esto es un juego, los mayores no saben jugar? Dicen estos señores que han inventado semejante juego para sentirse como niños. No es verdad. Los niños no hemos inventado la guerra ni el juego de la guerra. ¿Te parece bonito que nos echen las culpas que no tenemos? A ver si es posible, Dios, que los niños que vean este juego de los mayores no lo aprendan nunca, aunque ellos, los mayores, sigan diciendo que es un juego de niños».

Vuestros niños tienen razón. No puede uno alegrarse de cualquier manera ni por cualquier cosa, repito. Alegraos vosotros de las cosas limpias y sencillas, por-

que son bienaventurados los que saben percibir lo mágico que se encierra en lo pequeño.

Después de unas interesantes catequesis sobre las pompas de jabón, vuestros niños experimentaron el gozo y el contento que brota de la contemplación de lo pequeño y elaboraron estas preciosas *alegrías*:

«Felices nosotros,  
porque podemos jugar con las pompas de jabón.  
Felices las pompas,  
porque pueden volar.  
Felices nosotros  
cuando somos transparentes como las pompas de jabón.  
Felices los que hacen el mundo de colores.  
Felices nosotros que sabemos jugar,  
por nuestra risa  
y por nuestros vestidos y lápices de colores.  
Felices los pulmones  
por tener aire para dar vida a las pompas.  
Felices las pompas,  
porque se alimentan de aire.  
Feliz la pompa de nuestro corazón,  
porque tiene una casa tan bonita.  
Felices nosotros  
por habernos divertido con las pompas.  
Felices las pompas,  
porque son libres,  
graciosas, juguetonas, delicadas y transparentes».

Bienaventurados vosotros si tenéis el candor de vuestros niños y la capacidad de asombraros ante lo pequeño, porque descubriréis que lo débil está preñado de fuerza transformadora.

## *Un par de cartas*

No olvido que os estoy declarando mi convicción de que la alegría verdadera nace de la fe y se alimenta haciendo el bien. ¿Acaso se puede hacer el bien sin alegría? ¿Acaso el alegre puede dejar de hacer el bien?

Me viene a las mientes aquella anciana religiosa flamenca que trabaja desde hace tantos años en El Salvador y es tan apreciada por vosotros. Bien sabéis que la guerra de El Salvador tiene en su haber centenares de niños huérfanos. La madre Mariche (Marietje) decidió adaptar sus convento para acoger a 40 niños y niñas huérfanos. Con ellos forma una amplia y variopinta familia. Conservo la copia de una carta suya, escrita en un original castellano:

«Hasta hoy tengo un poco de tiempo para contestar vuestra cartita. Espero que todos se encuentren muy bien y estén alegres. También conmigo me siento de buena salud y contenta y también mis niños. Todos van a la escuela y los cuatro pequeños están por el momento fuera de nuestra casa, con una familia europea. Ellos no tienen niños y han hecho de su casa como una guardería para unos diez niños y los míos son los primeros. El domingo vinieron a almorzar todos en mi casa, que era una grande alegría por los niños, que no se olvidan de hablar cada rato de mamá Mariche. Así me llaman todos. Ahora estoy contenta por haber comenzado con la segunda labor de fundar una segunda casa de huérfanos, frente al mar. Es un colegio que me dieron gratis por un tiempo, pero he tenido muchos gastos para repararlo. Todavía no he terminado, pero sí hemos empezado a tomar 38 niños por el momento. La menor tiene cinco meses y muy enferma llegó. Seis tienen debajo de un año. El mayor tiene trece años y nunca ha ido a la escuela. Hoy sí y se siente ahora muy feliz

y trabaja también por el día en la tierra. La casa tiene un terreno, así podemos cultivar algunas verduras y frutales. Con todos mis niños e incluso conmigo todo va muy bien».

Para no aburriros más, concluiré con otra carta. Prometo que será la última. Al niño mayorcito de la madre Mariche, escribió uno de vosotros una carta que conservo. Más que una carta, parece un acto de contrición. Porque en verdad habréis de arrepentiros y pedir misericordia cuando no sois posada de alegría, sino que la espantáis alojando fantasmas. La carta a que me refiero reza así:

«José Feliciano:

sólo te he visto en fotografía. Quien te la hizo no era un experto, porque las sombras te tapan los ojos, que es lo más bonito que tenéis los niños. Por ahora me quedo sin saber si los tienes llenos de verde o de luz, si en ellos canta un turpial o una oropéndola. Da igual. Sé, de todas maneras, que los tienes limpios, porque madre Mariche aventó aquella nubecilla que se alojó en tu retina durante los meses interminables de soledad en el monte. A mí me da vergüenza escribirte. Aquella nubecilla pasó de tu pupila a la mía y no veo con nitidez lo que es evidente. Veo muy lejos vuestra guerra y todas las guerras: las veo en la televisión como si fueran películas. Las nuestras son guerritas. En nuestras batallas no hay balas, sino que nos tiramos estupideces a la cara y nos pinchamos ideas como alfileres. No tenemos mayor inseguridad. Y encima somos tristonos y puñeteros. Además de vergüenza, me da envidia. Tú, a pesar de todo, supiste disipar la nube. Yo, a pesar de nada, sigo viendo borroso».

### *Dejar cantar a los pájaros*

Al detenerme a considerar la alegría de los niños, pretendo solamente haceros caer en la cuenta de que ellos nos enseñan los caminos del Evangelio. Si ahora os exhorto a buscar la alegría, os indico a la vez la dirección que nos conduce a ella.

Buscad la alegría. Aprended a ser alegres. No estéis mano sobre mano en espera de encontrarla un día al filo de la palangana. No aceptéis pasivamente la resignación de los modernos cantos:

«Vivo en el número siete, calle Melancolía,  
quiero mudarme hace años al barrio de la alegría.  
Pero siempre que lo intento ha salido ya el tranvía.  
Y en la escalera me siento a silbar mi melodía».

(J. Sabina).

La alegría, queridos hijos, no es una casualidad. A la alegría hay que seducirla.

Me niego a aceptar, desde mi confianza en nuestro Señor, el tufillo fatalista de aquella máxima del «Camino» del Opus, que dice: «La alegría de los pobrecitos hombres, aunque tenga motivo sobrenatural, siempre deja un regusto de amargura. ¿Qué creías? Aquí abajo, el dolor es la sal de nuestra vida». ¡Vaya sal! Es preferible ser sosos. Nuestro Señor nos dijo que somos sal de la tierra (Mt 5,13), es decir, salerosos, con salero, con sabor. Debió tener sus razones para brindarnos tal piropo.

Inmediatamente después de pronunciar las bienaventuranzas, nuestro Señor añade: «Vosotros sois la sal de la tierra, vosotros sois la luz del mundo». El que ha comprendido cómo es nuestro Dios y Señor y cuáles

son sus preferencias, el que se ha dejado arrollar por ese nuevo modo de pensar y de ser, ése tiene salero, ése parece que ha visto claro en medio de la duda y la tiniebla. Parece que es tarea del cristiano dar un poco de sabor a las cosas de aquí, ser un foco de esperanza en las situaciones más penosas.

No queráis hacer esto como aquellos que se consideran dueños de la bola de la verdad, sino como humildes servidores que buscan una salida allí donde todas las puertas se cierran. Cuando entendáis la bienaventuranza del buen Dios, «brillará vuestra luz en las tinieblas y vuestra oscuridad se volverá mediodía» (Is 58,10). Estáis llamados a ser sal y luz, es decir, a tener salero y dos dedos de luces, que eso puede darle la vuelta a la tortilla de la vida. Entonces sabréis cómo es Dios y os dejaréis sazonar con su gracia.

Juan XXIII, «el bueno», decía que, «para el cristiano, hasta el sol que se pone sigue brillando». Bien haríais en hacer propia su máxima: «Estar alegres, hacer el bien y dejar cantar a los pájaros».

### *Sed buenos, sed santos*

No penséis amados míos, que os propongo al bienaventurado Antonio como único modelo de vuestra perfección, que bien difícil os sería hoy buscar a Dios en la arena del desierto. Ni siquiera el recurso al candor de vuestros niños es para que lo imitéis a rajatabla. Verdad es que en todos os podéis inspirar para hacer el bien, aunque a ninguno podáis copiar anulando vuestra personalidad y talante.

Los sencillos como niños, honestos como pájaros, alegres como primaveras, que intentan hacer el bien,

son los que llamáis «santos», es decir, los que dejan que en ellos se haga visible la santidad de nuestro Señor. No importa que larguísimos trámites curiales los hayan colocado en las hornacinas de la Santa Iglesia; basta que sean alegres, hagan el bien y dejen cantar a los pájaros; basta que para vosotros sean *inspiradores* de bienaventuranza.

Muertos ya o vivos todavía, ellos son los santos sin altar, la buena gente de a pie sin otro honor y otra gloria que haber sido honrados y leales en la vida cotidiana. Los buenos vecinos, los buenos compañeros de trabajo, los paños de lágrimas, los amigos de confianza. Tantos buenos creyentes de fe sencilla y recia. Aquellas viejecitas que han sabido dar calor de madres y después fueron las abuelas de todos. Aquellos que sintieron piedad y se les conmovieron las entrañas por unos y por otros. Y ese oscuro militante que detrás de una sigla lucha por un mundo más justo. El cristiano anónimo, para los hombres, que no para nuestro Señor. Sus nombres nunca saldrán en los periódicos ni hablará de ellos la tele. No habrá medallas ni calles con su nombre, pero para Dios y para nosotros ninguno es un don-nadie. Por todos ellos y muchos más, haréis bien en elevar un himno al buen cristiano desconocido, al que ni el mundo ni la Iglesia ni él mismo se atrevieron a llamar «santo».

Al que fue perseguido injustamente, encarcelado sin juicio, condenado sin defensa, torturado y ejecutado, pero nunca figuró en el informe anual de Amnistía Internacional. Fue prisionero de guerra, pero no figuró en la lista del canje de prisioneros. No le dieron el premio Nobel de la Paz, pero, sin miles como él, hoy no tendríamos paz. Sus manos permanecieron limpias todos los días de su vida, porque no sabía mentir, no era capaz de odiar, nunca supo aprovecharse y trepar por encima

de otros, pisar sobre otros. Se manchó las manos, porque no podía quedarse impasible viendo lo que veía. Algunas veces se equivocaba (como la paloma), porque se «pringaba». Se mojó el trasero para que podamos cenar truchas.

A todos estos santos anónimos habréis de dedicarles vuestro canto de agradecimiento... No hay dinero en el mundo para sus procesos de canonización. Ni falta que les hace. Pero vuestra comunidad cristiana de creyentes de la calle lo proclama: «Dichosos todos vosotros, que pasáis haciendo el bien a todos y el mal a nadie, porque podéis estar contentos de vosotros mismos, peones y albañiles del Reino de Dios».

Con su bolsa de «Adidas» que desecharon sus hijos, muy «modelnos» ellos, san Currante de toda la vida va todas las mañanas al metro: él no medra, porque va con malas compañías (los más débiles e indefensos) y siempre anda solidarizándose con las justas reivindicaciones, las causas perdidas.

Tantos y tantos hombres escondidos y eficaces que son como el fuego bajo las cenizas; nadie se pregunta quién es el que da calor, pero él no se cansa de ser ascua encendida. Gracias a gente como ésta, a su débil e imprescindible cerilla de palo, Jesús sigue siendo la Luz del mundo. Y vosotros apreciáis su luz en la noche. Los pedestales son para los triunfadores, pero ¿quiénes hacen pacientemente los pedestales y labran los triunfos?, decídmelo vosotros, mis hijos.

Sed vosotros así: alegres, buenos, santos.

## 5

---

DONDE SE COMETE LA OSADÍA  
DE SEGUIR ACONSEJANDO,  
REFIRIÉNDONOS A LA ALEGRÍA  
COMO IMPULSORA DEL SERVICIO,  
ANIMADORA DE LA ORACIÓN  
Y COMPAÑERA DEL AMOR

Permitidme que quizá desvaríe, que a ello me lleva el amor que os tengo, y ose aconsejaros con paterna solicitud.

Quien no vive con alegría, vive sólo a medio gas o medio vive, y de ordinario desperdicia la vida inútilmente. Reparad en aquellos que viven renqueando, soportando el peso de cada día como inaguantable carga, sin encontrar motivos para la complacencia. Parecería que el Señor les ha dado un castigo, más que un regalo, con el don inapreciable de la vida. No seáis vosotros así, que corazón alegre aprecia la vida y alaba a Dios nuestro Señor, y él es Dios de vivos, no de mediovivos (ni de vivales, por supuesto, que «hay gente pa tó») ni de muertos ambulantes.

Vivid con alegría, porque la vida está preñada de posibilidades, y todas pueden aprovecharse de buen grado. Dice un proverbio iraní que «la mitad de la alegría consiste en hablar de ella». No comparto el tufillo pesimista del refrán, pero os exhorto, no obstante, a que viváis la alegría y, después, también la refiráis. No imitéis a Jomeini, que estuvo empeñado en cazar sombras y emparedar sonrisas.

Gozad de la vida y de todo lo que nuestro Señor os ha dado, porque él hizo las cosas bellas y a nosotros para disfrutarlas.

### *Servir era la alegría*

*Servir* con alegría es gozo propio y ajeno, que quien sirve a regañadientes mejor es que no se comprometa. No seáis como aquellos que se quejan de lo que hacen y echan en cara a los demás su falta de colaboración, pues el servicio es un don y una decisión, y a nadie se puede obligar ni convencer.

El servicio con agrado nace de una decisión sincera y no es una veleidad del momento. No seáis pelmazos ni aguafiestas. No os afanéis en el servicio si, al prestarlo, fastidiáis al otro; más bien, dejad el sitio para que otros lo ocupen. Servid con alegría sin pasar factura ni exigir gratitud y reconocimiento, que vuestra paga es el Evangelio, y de ello dará fe vuestra propia conciencia. Si llega la compensación humana, aceptadla con sencillez, pues la necesitáis para vuestro entusiasmo, y el hermano puede sentirse herido por vuestro rechazo. Por lo demás, ¡no sois ángeles, caray! Dejaos querer.

Oid al poeta Rabindranath Tagore: «Dormía y soñaba que la vida era una alegría; desperté y vi que tenía que servir; serví y descubrí que servir era la alegría».

En la tarea del servicio, todos sois *voluntarios*; y voluntario quiere decir voluntad, decisión, entrañas, a pesar de los pesares o precisamente a causa de los pesares; es tomar el peso propio y ajeno y cargarlo voluntariamente, porque uno quiere, porque uno es tan sagradamente libre como el pájaro y le apetece posarse en la rama menos florecida, y uno es tan sobradamente pobre como el viento, que no tiene ya ni un rato para ahogarse en la propia agonía.

El voluntario, mis hijos, es gratuito, no sólo porque jamás pasa factura, sino también porque recibe gratis lo que mucho cuesta y pocos ambicionan. El voluntario ha entendido que todo es don, y sabe que Alguien nos regala graciosamente, como quien ríe una gracia, y así, ya no somos unos des-graciados. El voluntario es conciencia, ojos que miran y ven, mirada penetrante hasta la médula de las cosas, y así no pasa de nada ni de nadie. Y, siendo contemplativo, hace la filigrana de apostar por la alegría, pues sólo con «la boca anegada de cosechas» se puede ser gratis, es decir, gracioso.

Voluntario es el que, al arañarse el alma, siente que un hormiguelo solidario le lleva la mano a rascarse el bolsillo y de su mengua hace un poema. Voluntario es el querido, el que se deja querer, el que, cuando quiere dar, recibe; el que, al animar, se siente aliviado por la brisa del Espíritu.

Los que prestáis el servicio de la *catequesis*, que muy a gusto presumo de vuestra dedicación, amor y competencia, haríais bien en escuchar las orientaciones del beatísimo Agustín de Hipona, mi hermano en el servicio episcopal. Como el diácono Deogracias tenía dificultad en retener la atención de los catequizandos, debido sin duda al aburrimiento que producía su exposición, Agustín le recomienda que «se nos escucha



mejor cuando nosotros mismos encontramos gusto en lo que hacemos: el tenor de nuestras palabras se contagia también de nuestra alegría. Entonces la exposición resulta más fácil e interesante... La verdadera cuestión está en descubrir el método de enseñar con alegría».

El mismo Agustín, docto como pocos, apostilla que, «si en los bienes materiales 'Dios ama al que da con una sonrisa' (1 Cor 9,7), ¡cuánto más en los bienes espirituales!» Un «ambiente de alegría», dice el bienaventurado de Hipona, no puede conseguirse si el catequista no para de hablar, sino cuando se crea un clima de hermandad y se escuchan con respeto las intervenciones de todos. Incluso recomienda «alguna broma», pero en buen tono y sin salirse del tema».

Ya sé que así lo hacéis, queridos hijos, y que vuestras reuniones de grupo y de catequesis producen alegría y entusiasmo, que bien se nota que acudís con diligencia y no os perdéis una. De no ser así, serían malas reuniones.

### *El pan del cariño*

Asimismo, a los que os empeñáis en servir a los *menos favorecidos* de la comunidad, os expreso mi reconocimiento en nombre del Señor Jesús, que pasó haciendo el bien y no ignoró la suerte de los desvalidos. Vosotros también necesitáis la alegría. El estilo de acogida, acompañamiento y seguimiento que habéis dado a vuestra tarea produce, sin duda, más contento que la «beneficencia», pues el pan del cariño y la *compasión* son más sabrosos que la limosna inexpresiva delatora de la injusticia.

Me complace sobremanera el acompañamiento a los *enfermos, ancianos y solos* de la comunidad, pues, aunque os consideréis progres y preferáis a los pobres del Tercer Mundo, no abandonáis a los hermanos cruelmente aparcados por nuestra sociedad de la abundancia. El que es solidario de verdad con los de lejos, lo es del mismo modo con los de cerca, y viceversa.

Salvando las distancias que haya que salvar, podéis inspiraros en el bendito Vicente de Paúl, que en el «reglamento de la cofradía de la caridad de mujeres» (1617) establecía: «Después de haber tomado todo lo necesario de la tesorera para poder darles a los pobres la comida de aquel día, preparará los alimentos, se los llevará a los enfermos, les saludará cuando llegue con alegría y caridad, acomodará la mesita sobre la cama, pondrá encima un mantel, un vaso, la cuchara y pan, hará lavar las manos al enfermo y rezará el Benedicte, echará el potaje en una escudilla y pondrá la carne en un plato, acomodándolo todo en dicha mesita; luego invitará caritativamente al enfermo a comer, por amor de Dios y de su santa Madre, todo ello con mucho cariño, como si se tratase de su propio hijo o, mejor dicho, de Dios, que considera como hecho a sí mismo el bien que se le hace a los pobres. Le dirá algunas palabritas sobre nuestro Señor; con este propósito, procurará alegrarle si lo encuentra muy desolado, le cortará en trozos la carne, le echará de beber y, después de haberlo preparado todo para que coma, si todavía hay alguno después de él, lo dejará para ir a buscar a otro y tratarlo del mismo modo, acordándose de empezar siempre por aquel que tenga consigo a alguna persona y de acabar con los que están solos, a fin de poder estar con ellos más tiempo». La notable figura de Vicente puede inspiraros en vuestro servicio a los hermanos.

¿Y qué diré de los que dedicáis vuestro tiempo, preocupación y ocupación a los marginados? Si en el aula cultural de adultos compartís generosamente vuestros conocimientos, vuestra fortaleza ofrecéis a los muchos toxicómanos del barrio y a sus madres, que cada miércoles desahogan el dolor acumulado y confían en vuestra comprensión. Aprended de la constancia y del coraje de estas mujeres. Haríais bien en sumaros a las iniciativas que van surgiendo para acoger y acompañar a los enfermos de SIDA, que ellos son ahora los pobres de los pobres.

Permitidme un apunte sobre tan nueva y terrible enfermedad, para animaros a no pasar de largo, como lo hizo el levita ante el malherido de Jericó. Es verdad que esta enfermedad os sorprendió a todos, y en un primer momento aparecieron anécdotas y comentarios para todos los gustos. Mi secretario fue recogiendo algunas reacciones del ámbito religioso y me pasa una nota en la que refiere que el cardenal Hume calificó el SIDA de «Chernobyl moral»; el cardenal O'Connor fue personalmente a atender a estos nuevos leprosos a un hospital y luego autorizó la boda de un enfermo en la catedral neoyorkina de San Patricio, a pesar de que el rector de tan renombrado templo había denegado el permiso aduciendo motivos de salud pública. El arzobispo de York (Gran Bretaña), vicepresidente de la Iglesia anglicana, recomendó que los enfermos de SIDA comulgasen mojando la santa hostia en el vino y no bebiendo del cáliz, el cual sería limpiado tras cada comunión con un producto «desinfectante».

El cardenal Paulo E. Arns, de São Paulo (Brasil), fue el primer hermano en el episcopado en promover una campaña en favor de los enfermos de SIDA y el primero en proponer la creación de hospitales para tales

enfermos. Los franciscanos norteamericanos descubrieron que éstos eran los más pobres entre los pobres y se apuntaron voluntarios para cuidarlos en las organizaciones de Detroit; luego abrieron en Nueva Orleans la «Casa Lázaro» para acoger a los enfermos rechazados por las clínicas.

El obispo de Térmoli (Italia) aconsejó que «quien tenga SIDA, que venga a confesarse», y tanto el cardenal Siri como el portavoz del episcopado mexicano coincidieron en diagnosticar que el SIDA es un «castigo de Dios», añadiendo que el mal seguirá aumentando y «los castigos divinos también». La lista sigue, aunque muchos se preocuparon por las campañas de prevención y no por los desvalidos enfermos.

Puntualizaron los obispos franceses: «el SIDA no es un castigo divino; es una enfermedad que tiene sus propias causas. Dios no es un sádico. Dios es Amor y no quiere el sufrimiento y la muerte del hombre». Tiempo después, el Vaticano organizó un congreso mundial sobre el SIDA, y en el mismo Madrid, por ejemplo, Cáritas abrió una pequeña casa de acogida para estos enfermos. Muchas han sido las iniciativas, aunque insuficientes. Dominique Lapierre ha divulgado una interesante lista de personajes que, en lucha contra tan cruel azote, se han hecho acreedores al título de «más grandes que el amor». No olvidéis vosotros aportar según vuestras fuerzas y posibilidades. Jesús no pasaría de largo.

Observo que os gustaría hacer algo más por los 1.356 *parados* del barrio y no limitaros a la recogida de papel, cartón y ropa. Bien está que con este desperdicio hayáis creado, unidos a otras comunidades, diez puestos de trabajo; pero veis que no es suficiente. No obstante, el sentimiento de impotencia no anula vuestra

sensibilidad y participación en las campañas de lucha contra el paro.

No olvido a los jóvenes que estáis dedicados a los *niños* más desprotegidos, generales de la calle, a quienes acogéis cada tarde en el estudio dirigido y en el juego colectivo. Y tampoco escapáis a mi memoria los que estáis comprometidos en sindicatos, asociaciones de vecinos, grupos de solidaridad, organizaciones de derechos humanos, consejos municipales o escuelas y ambulatorios de barrios marginales.

Todo esto lo hacéis sin descuidar la profundización en la fe en los grupos de reflexión, la oración y las celebraciones. Ofrecéis vuestras casas para las reuniones y os ponéis al día en las mesas redondas. Nada de esto podríais hacer sin alegría y gracia de nuestro Señor.

No quiero terminar esta exhortación al servicio con alegría sin una alusión a las religiosas y religiosos que vivís en la demarcación parroquial que lleva mi nombre. Os alabo que no hayáis trasladado el «monasterio» al barrio, sino que, instalados en humildes viviendas, estéis decididos a ser testigos de las bienaventuranzas en un mundo inmisericorde. Me agrada que viváis vuestro carisma con hondura y seriedad, pues ése es el cometido que os encomienda la Iglesia, pero que a la vez estéis integrados en la vida de la comunidad parroquial sin distinciones ni preferencias y participéis como uno más en las angustias, esperanzas y luchas de todos. Que lo vuestro no es tanto un privilegio cuanto una vocación, y primero está la común vocación a la fe.

### *No aburráis a nuestro Señor*

Quien no *reza* con alegría no debe aburrir a Dios con monsergas. He sabido que la oración de algunos de vosotros es más bien triste y hasta penosa. Algunos

iniciáis vuestra oración acongojados, como si nuestro Señor no conociera vuestras miserias. ¿Por qué no empezáis dando gracias y bendiciendo? ¿No veis que podéis aburrir a nuestro Señor? ¿Cómo podéis orar con el corazón encogido? Cuidad de no convertir el encuentro de la alegría en ejercicio de tortura. Ya conocéis la recomendación de la beata de Avila: «Procúrese andar con alegría y libertad, que hay algunas personas que parece que se les ha de ir la devoción si se descuidan un poco».

Que vuestra oración os procure el gozo de la *escucha*, y no seáis como los gentiles que «al orar no dejan de charlar, pues se figuran que por su palabrería van a ser escuchados. No seáis, pues, como ellos, porque vuestro Padre sabe lo que necesitáis antes de pedirselo» (Mt 6,7-8). Y no tentéis a nuestro Señor, pues bien dice A. Levi que, «si el silencio significa que tenemos que dejar de hablar de Dios, el hablar demasiado significa que queremos que Dios se calle».

Los monjes carmelitas, que recibieron el encargo de la Iglesia de profundizar en la oración, escribieron que ésta es

«la adoración en espíritu y en verdad;

la iniciativa de Dios, que nos amó primero; y por parte nuestra, la búsqueda incesante, que ha de ser realizada en la pobreza de espíritu, del sentido de nuestra existencia a la luz de la palabra de Dios;

el medio de hacernos sensibles a la voz del Espíritu Santo que ora en nosotros (Rom 8,26) y obra constantemente en la Iglesia;

la actitud de escucha y la capacidad de diálogo con Dios y con nuestros hermanos;

la familiaridad o intimidad con Dios y con su palabra, especialmente en el silencio y la soledad;

la apertura a la realidad y a los signos de los tiempos, a través de los cuales nos habla Dios».

La oración, mis hijos, es, ante todo, escuchar, pues el que escucha tiene experiencia directa del que habla y se convierte en testigo de Dios, porque «ha oído». El que escucha, a su vez, da testimonio de sí mismo en la verdad. De ahí la observación del santo obispo Cipriano: «¿Cómo queréis que el Señor os oiga si no os oís a vosotros mismos? ¿Pretendéis que el Señor se acuerde de vosotros y de vuestra oración, si vosotros os olvidáis de vosotros mismos?». Asimismo, el que escucha se hace más próximo, más hermano, y en la oración descubre que «espiritualmente todos los cristianos tienen una familia a su cargo», según afirma el sapientísimo padre Y.-M. Congar.

Si la oración es así, se convertirá en fuente inagotable de alegría, pues nadie que se encuentre de verdad con Dios queda inmune.

Os alabo que la misma celebración penitencial la hayáis convertido en celebración de la alegría. Os alabo que hayáis descubierto que el pecado no se celebra. Se celebra la santidad de nuestro Dios y Señor. Me alegro de que os reunáis no para elaborar una lista de errores, sino para festejar que Dios es más bueno que el pan.

Leísteis reposadamente en vuestra última celebración al profeta Jonás. Os sonreísteis de su rabieta. Jonás no encaja que Dios sea bueno, y se queja: «Ya me temía yo que tú eres un Dios clemente y misericordioso, paciente y lleno de bondad, siempre dispuesto a perdonar». Jonás se enfada. Hubiese preferido mano dura.

Tras la lectura y la reflexión, hicisteis este sorprendente examen de conciencia:

Vamos a mirar dentro de nosotros mismos, vamos a mirar a nuestro alrededor, vamos a mirar con ojos limpios y sinceros.

Vamos a ver si Dios es Padre y Madre para nosotros y no «atormentador de conciencias»; vamos a ver si le corregimos la plana a Dios, a ver si acaso nos molesta que él sea bueno.

Vamos a ver si nos dejamos querer por Dios; a ver si estamos convencidos de que «ya tenemos el amor de Dios derramado en nuestros corazones» (Rom 5,5); a ver si ya «nos sentimos seguros en Dios» (Rom 5,11).

Vamos a ver si ante la santidad de Dios nos sentimos santificados (Is 6,1s.); a ver si lo débil de Dios es más fuerte que todos nosotros juntos (1 Cor 1,22).

Vamos a ver si dejamos que Dios viva entre nosotros; a ver si somos capaces de bendecir a Dios porque «nos ha unido y nos ha dado alegría y amor para vivir juntos».

Os felicito por haber descubierto que sólo con alegría se puede celebrar el milagro del perdón.

### *No hay alegría sola*

Por lo demás, la alegría no es para estar sola; por eso no la alcanza el insolidario. Sed alegres *junto con* los demás. Evitad el vano intento de buscar la alegría *a costa de* los demás. Luchar juntos para colmar la esperanza de todos es camino seguro y cierto para la alegría; por el contrario, «es vergonzoso ser dichoso uno solo» (A. Camus).

Sed solidarios, especialmente con los hermanos más desfavorecidos, que los otros sí que ríen, a pesar de las películas. Y sabed que quien no comparte la alegría la mata lentamente. Al gran poeta Gibran Khalil

Gibran se le murió su alegría de soledad; fue empalideciendo y fatigándose porque «ningunos otros labios besaban sus labios». Sabedlo: no hay alegría sola. Escuchad a Antonio Machado:

«Poned atención:  
un corazón solitario  
no es un corazón».

El santísimo papa Pablo VI así lo entendió en su carta encíclica *Gaudete in Domino*: «El hombre experimenta la alegría cuando se halla en armonía con la naturaleza y, sobre todo, la experimenta en el encuentro, la participación y la comunión con los demás».

La alegría se manifiesta y se alimenta en las relaciones fraternas, porque «un alma sola ni canta ni llora», y el cielo es eso: «un alegrarse de que se alegren todos».

Larga experiencia tenéis vosotros de cuánto os reconforta y anima el encuentro con los hermanos y cuán grande es la alegría que produce en vuestro corazón. Esa alegría «multiplica y renueva los detalles mutuos, que son a la vez fuente inagotable de gozo. Así, la alegría va creciendo multiplicada por el don de sí misma. Y todos estos gestos de amistad, de agradecimiento, ponen de manifiesto que ni en el mismo silencio permanecemos indiferentes al que entra, al que pasa. La alegría se encuentra en la simple presencia llena de atenciones para los hermanos» (*Regla de Taizé*).

El *amor* es la última explicación de la alegría. El amor gratuito de Dios es la fuente de nuestra alegría. Experimentarlo es vivir ya de otra manera. Por eso, «si sentís este amor de Dios que tengo dicho, andad alegres», recomendaba santa Teresa.

No me extiende en esta consideración, que tan bien conocéis, aunque deseo repetir y subrayar que el amor es la fuente más honda de nuestra alegría, la parte que nadie nos podrá quitar.

Encontrar a Dios es darse de bruces con la alegría de que hablamos. Aquel santo monje buscó a Dios y lo fue encontrando en los detalles de la alegría: «Dije al almendro: ‘¡háblame de Dios!’ y el almendro floreció. Dije a la casa: ‘¡háblame de Dios!’ y la puerta se abrió. Dije a un pequeño: ‘¡háblame de Dios!’ y el pequeño sonrió. Dije al sol poniente: ¡háblame de Dios!, y el sol se ocultó en silencio, pero al día siguiente me volvió a sonreír» (Miguel Estrade).

Hay muchos entre vosotros que son motivo de alegría y la contagian a cuantos a ellos se acercan. Seguid su ejemplo y no escuchéis a los que piensan que «gozo que se comunica se achica», porque la perfecta alegría se entrega.

DONDE DISCURRE ANIMADA HOMILÍA  
SOBRE LA ALEGRÍA COMO  
REINA Y SEÑORA DE LA BÚSQUEDA,  
LAZARILLO DE LA CONTEMPLACIÓN,  
TENTEMPIÉ DEL COMPROMISO,  
FAROLILLO EN TIEMPOS SOMBRÍOS

Si la alegría es ese *mandamiento* que hemos referido, bien haríais en considerarla como el polen que fecunda vuestro talante, y éste ha de ser para vosotros de búsqueda, contemplación, compromiso y esperanza. No es posible buscar con desgana, contemplar con recelo, comprometerse con condiciones, esperar con resignación. Y todas estas cosas os son necesarias para crecer en la fe como hijos amados de nuestro Señor.

*En la palma de tu mano*

Condición del hombre, mis hijos, es ser buscador infatigable. El hombre se busca a sí mismo, quiere saber quién es y cómo es; busca el sentido de la vida, qué

lugar ocupa y qué misión le corresponde en la historia; busca la felicidad y el amor, que tan fácilmente se le ocultan; busca el sentido del mundo y de la humanidad. El hombre está llamado a buscar. Y la búsqueda, mis hijos, es una situación, una actitud y una tarea.

De muchas formas se *sitúa* el hombre ante el mundo y la vida. No todas favorecen el hallazgo. Cada uno debe encontrar su sitio y su papel en la historia, y desde ahí seguir buscando y rebuscando su identidad y su misión. El hombre situado es el que tiene perspectiva para responder a las demandas que le acosan y el que sabe lo que busca. Si no es así, se encuentra des-centrado, des-colocado y, a veces, perdido apuñalando fantasmas.

La búsqueda es también una *actitud*, un desafío a todo lo que niega la razón de vivir, un reto al estancamiento y la pasividad. Es más cómodo que las respuestas vengan dadas por otros, pero serán prestadas. No es propio lo que no se mastica y asimila.

La búsqueda supone una postura limpia y luchadora, esperanzada y confiada. El buscador, lejos de cruzarse de brazos, asume como *tarea* la construcción de la propia persona tomando la vida en peso y arriesgándose en la construcción de la historia. De ahí que el buscador, situado y en acción, será una persona inquieta, dispuesta a asumir las respuestas y hallazgos. Pero no ha de ser un buscador solitario: la búsqueda también crea fraternidad.

El cristiano, como hombre y como creyente, hace de la búsqueda, humilde y constante, su tarea y su empeño. Esta es su decisión: «buscar el rostro de Dios siempre» (Sal 104,4), y éste es su propósito: «buscar a Dios, como busca la cierva las corrientes de agua» (Sal

42,1). Porque «se asoma Dios desde el cielo para ver si hay alguien que busque al Señor» (Sal 14,2), y ve que sí, que «a ti te busco, mi alma tiene sed de ti, en pos de ti mi alma desfallece, como tierra reseca, agostada, sin agua» (Sal, 63,2).

Buscar a Dios, el ansia de ver a Dios, es la tarea del creyente, que suplica: «Señor, no me escondas tu rostro». Y sigue empeñado en «ver a Dios»:

«¿Por qué, Señor, me dejas en la duda,  
duda de muerte?  
¿Por qué te escondes?  
¿Por qué encendiste en nuestro pecho el ansia  
de conocerte,  
el ansia de que existas,  
para velarte así a nuestras miradas?  
¿Dónde te escondes?  
Te buscamos y te hurtas;  
te llamamos y te callas;  
te queremos, y tú, Señor, no quieres  
decir: vedme, mis hijos».

(Miguel de Unamuno)

No se busca lo absolutamente desconocido, aunque se encuentre a veces lo que no se busca. Y uno se queda perplejo y reflexiona con J.J. Domenchina:

«Te busco desde siempre.  
No te he visto nunca...  
¿Por qué insisto en descubrir tu rostro?»

Del mismo modo se pregunta San Anselmo: «Señor, si no estás aquí, ¿dónde te buscaré estando ausente? Si estás por doquier, ¿cómo no descubro tu presencia? Ciertamente es que habitas en una claridad inaccesible. Pero

¿dónde se halla esa inaccesible claridad? ¿Quién me conducirá hasta ahí para verte en ella? Y luego, ¿con qué señales, bajo qué rasgos te buscaré? Nunca jamás te vi, Señor, Dios mío; no conozco tu rostro... Enséñame a buscarte y muéstrate a quien te busca, porque no puedo ir en tu busca a menos que tú me enseñes, y no puedo encontrarte si tú no te manifiestas. Deseando, te buscaré; te desearé, buscando; amando, te hallaré y, encontrándote, te amaré».

Se trata de un búsqueda tenaz, como la del viejo profeta Elías o la de Teresa del Niño Jesús, que decía: «Antes se cansará él de hacerme esperar que yo de esperarlo».

Pero Dios siempre sale al encuentro. San Bernardo decía que ningún bien se puede comparar «a éste de buscar a Dios. Yo creo que aun entonces, cuando se le encuentra, no se cesa de buscarle». O, como lo expresa Olivier Clément: «Cuanto más se me da Dios, cuanto más me llena con su presencia, más nuevo lo descubro, más inagotable, más me lanzo hacia él como la esposa del Cantar o como el vuelo de una paloma en la luz que no se apaga. Cuanto más lo conozco, más se convierte en el siempre buscado» (*Sobre el hombre*).

La búsqueda es vuestra condición, mis hijos. No caigáis en la pedantería de creer saberlo todo y ser dueños de la bola de la verdad. Identificaos más bien con el hermano universal, Carlos de Foucauld, que confesaba humildemente: «Yo, que había dudado tanto, no creí del todo en un día».

Tenéis, hijos míos, una larga experiencia de búsqueda. Muchos de vosotros os acercasteis a esta comunidad que lleva mi nombre buscando vivir vuestra fe con sentido y alegría. Los que os quedasteis, engrosas-

teis los grupos de reflexión, que indagan el sentido de los acontecimientos escuchando la palabra de nuestro Señor, y descubristeis que la búsqueda es humilde y animosa, que es continua y comunitaria.

Comprendo que a veces vuestra búsqueda ha sido más fatigosa, no sólo por la reciedad de las situaciones, sino también por la prisa que tenáis. Pero esto os hizo rectificar caminos, hacer nuevos planteamientos, modificar estrategias... Pienso yo que la búsqueda sincera siempre alcanza algún encuentro, aunque lo encontrado no sea siempre lo que se desea. A veces, mis hijos, algunos buscan confirmar sus propias preferencias, y éstas no siempre concuerdan con la verdad del Evangelio.

Experiencia tenéis de quienes han venido a vuestra comunidad buscando que les aplaudáis y ratifiquéis sus ideologías, otros que esperaban la aprobación de su comodidad y otros que mendigaban seguridades. Pero vosotros no tenéis recetas, sino que inquietáis con nuevas preguntas y desmontáis los castillos de los instalados. Por eso algunos huyeron a otros refugios. Los que quedaron advirtieron a primera vista que no estáis seguros de nada, pero os fiáis de Quien está seguro de todo. Y seguís buscando con la alegría del que va haciendo camino y en él advierte la flor, la piedra, el árbol, los olores y los matices del color.

Reparad en la Virgen María, que tampoco «creyó del todo en un día». Ella hizo de la búsqueda firme y serena el modo normal de vivir la fe. Desde Nazaret, donde empezó a guardar y meditar todas las cosas en su corazón, pasando por Jerusalén, donde buscó al niño, hasta el Calvario, donde preguntó por la razón de la sinrazón. El que busca con alegría, mis hijos, llegará a la alegría del encuentro y podrá exclamar asombrado



con mi hermano en el episcopado y poeta Pedro Casaldáliga:

«Y llegaré, de noche,  
con el gozoso espanto  
de ver,  
por fin,  
que anduve,  
día a día,  
sobre la misma palma de tu mano».

*¡Es tan sencillo!*

Reparad de nuevo, hijos míos, en la Virgen nuestra Señora. Reparad en su cántico de la alegría. Se dice que es un canto revolucionario en el que se unen a coro las voces de todos los pobres de la historia. Quizá podría llamarse, a mi corto entender, el *cántico contemplativo*. ¿Acaso hay algo más revolucionario que la contemplación?

En aquella ocasión, a la Virgen nuestra Señora se le soltó la lengua y se confió a su pariente Isabel:

Estoy más contenta que unas pascuas  
y todos los días doy gracias a Dios  
porque ha sido conmigo más bueno que el pan.  
Se ha fijado en mí, que soy tan poca cosa.  
Pasaré mucho tiempo,  
y muchos creyentes seguirán recordando  
lo que el Señor está haciendo con su esclava.  
El Señor es Santo  
y regala su misericordia a manos llenas.  
El es Dios... y punto.  
Ante él quedan en ridículo  
los que tienen un corazón soberbio

y lleno de suficiencia.

Ante él no tienen nada que hacer  
los que alzan sus tronos sobre el poder.  
Sin embargo, es amigo de los humildes,  
y los pobres son sus preferidos.  
A los hambrientos les regala  
los bienes de la salvación,  
aunque no les otorgue propiedades ni dinero,  
que a nosotros nos encargó  
que les diésemos de comer;  
porque los ricos no quieren nada:  
tienen de todo.  
Yo me fío del Señor,  
porque acompaña a su pueblo.  
Lo prometió a nuestros antepasados  
y lo cumple.

Si meditáis en este cántico de nuestra Señora, veréis que, en efecto, es una expresión contemplativa.

¿Cómo os lo diría? Contemplación es tener los ojos limpios y abiertos para ver, no sólo para mirar. De este modo, la realidad se ve tal cual es. Contemplación es la forma de penetrar la realidad, de llegar a la médula y descubrir lo que encierra. Contemplación es ver la realidad de Dios, quedarse absorto y abierto en su presencia y detectarlo en la historia de los hombres. Contemplación es enfrentarse a la palabra de Dios y dejarse juzgar y resucitar por ella. Contemplación es saber acoger a Dios que está cerca, aunque es distinto de nosotros; no se puede acoger a Dios si se miran las cosas con superficialidad y no se sabe acoger a los hermanos. Contemplación es percibir la gratuidad, sabiendo que nadie puede gustar lo gratuito si no tiene experiencia de cariño, amor y compromiso. Contemplación es escuchar y actuar: primero es el silencio.

Añadid vuestra propia experiencia y descubrimientos, que la contemplación, como sabéis, no es mandato ni exclusiva de monjes, sino exigencia de todo cristiano. No os dé reparo ni miedo ser contemplativos, aunque hayáis conocido a pretendidos orantes que andaban todo el día ensimismados y eran cardos borriqueros en las relaciones fraternas, que el verdadero contemplativo es más alegre por más auténtico y más comprometido por más sensibilizado.

Porque la verdadera contemplación lleva a una peculiar sensibilidad o «concientización», como decís ahora, que detecta el meollo de las cosas y acontecimientos y conduce al compromiso liberador, a la vez que posibilita enfrentarse a los ídolos y apostar por el Dios de Jesucristo. El contemplativo va a la raíz; por eso es tan firme su denuncia y su anuncio. Como María en su canto contemplativo. Con razón se ha dicho que los auténticos contemplativos han sido los verdaderos revolucionarios de la historia. Lo ponen todo patas arriba. Atended a los consejos de Dámaso Alonso a Luis Cristóbal:

«Vamos a divertirnos  
tú y yo, mi cielo.  
Es un asco este mundo.  
Conviene que lo  
pongamos boca abajo.  
¡Es tan sencillo!  
Vamos a hacer un mundo  
nuevo, chiquillo».

El contemplativo es testigo y profeta, crítico y luchador; su arrojo no lo recibe del partido, sino de la escucha orante y de la fraternidad apasionada. Tito Brandsma, carmelita holandés exterminado en Dachau, testimonio de contemplación en nuestro siglo, escribía:

«Primero de todo, nosotros debemos ver a Dios como la base fundamental de nuestro ser. Esta base nace de la profundidad más interna de nuestra naturaleza. Sí, nosotros estamos en contemplación continua de Dios y lo adoramos no sólo en nuestro propio ser, sino en todo lo que existe: ante todo en el prójimo, también en la naturaleza, en el cosmos, presente en todo y todo penetrante con la obra de sus manos». Esta postura contemplativa lo llevó a no ser neutral ante la apisonadora nazi y ante la defensa del prójimo. Sus huesos acabaron en el crematorio del campo de concentración de Dachau.

Otros muchos ejemplos y modelos podríamos traer a colación, pero no quiero abusar de vuestra cortesía. Sabed, no obstante, hijos míos, que el contemplativo goza de la vida, porque sabe estrujarla y sacarle hasta la última gota de su jugo. Si sois contemplativos, seréis alegres, pues estaréis por encima de toda nimiedad, que eso es lo que quita el sosiego y turba el ánimo. Como un lazarillo, la alegría conduce a la contemplación por las sendas de lo real y le impide instalarse en la nube del éxtasis, que nada ve ni siente ni padece.

Algunos tienen como lema: «contemplata aliis tradere». No os preocupéis vosotros de eso. Contemplad, y todo lo demás se os dará por añadidura.

### *Leer el río*

Antes de lanzar el anzuelo, el pescador suele leer el río. El pescador es muy consciente de que no puede pescar en cualquier remanso. Los peces están donde están. El pescador aprendió a leer el agua y las corrientes, los recodos y la temperatura, y sabe por qué los peces están en un lugar y no en otro. El pescador, antes de empezar a pescar, tiene que situarse.

Al leer el río de la vida, el contemplativo no sólo descifra los signos, sino que también se pregunta por las causas, analiza las circunstancias y prepara la respuesta justa. El sedal del compromiso, mis hijos, no se puede lanzar en cualquier charco. Hacerlo sin ton ni son es arriesgarse a dar una piedra por un pan o una serpiente por un pez. También el creyente tiene que situarse.

La contemplación de la realidad os conduce, hijos míos, a actualizar vuestra fe, a buscar una respuesta para aquí y ahora y a dar razón de vuestra esperanza en este preciso momento. Vosotros habréis de ser un signo que realice el amor de nuestro Señor en el mundo; vosotros debéis significar y realizar el amor de Dios en el mundo, ese amor que se ha empeñado hasta el extremo en el servicio humilde de los más pequeños y pobres. La comunidad tendrá que caminar y organizarse para responder a esta inquietante pregunta: ¿Estamos significando y realizando el amor de Dios o no? Es posible que vuestros grupos más «adelantados» en la reflexión teológica, los más ideologizados o los más críticos no sean los mejores en vuestra comunidad. Lo serán aquellos que más adelanten en significar y realizar el amor de nuestro Dios y Señor. La fidelidad evangélica se medirá por el amor, así como el progreso comunitario. Pero, ciertamente, un amor concreto y situado, no una pura abstracción.

La contemplación conduce inevitablemente a lo que vosotros llamáis *compromiso*; es decir: la contemplación moviliza el amor; y, cuando el amor se pone a trabajar, es infatigable, decía Paul Éluard. Si «el amor es un preguntar constante», el compromiso es el intento de dar una respuesta adecuada y permanente.

¿Quién está dispensado de amar al hermano? ¿Acaso el amor al más humilde se puede delegar? ¿Acaso la

comunidad puede encomendar a unos que recen, a otros que evangelicen y a otros que amen? No, mis hijos, el amor no es delegable.

Ya sé que la lectura del río de la vida puede hacerse desde muchos ángulos y provocar variadas interpretaciones y posturas. Unos responden con paliativos inútiles, otros con ideologías estériles, otros ni siquiera leen, y otros simplemente se lamentan; a unos los paraliza la congoja, a otros los catapultan a una fugaz prisa...

Hay lecturas, interpretaciones y respuestas que dan grima. Por ejemplo: escribía Federico Nietzsche que «los débiles y malogrados deben perecer; éste es el axioma capital de nuestro amor al hombre. Y hasta se les debe ayudar a perecer...» (*El Anticristo*). Vosotros, lo sé, sentís repugnancia ante tal despropósito, pero los hay que comulgan con ruedas de molino.

Hay quienes se lamentan de los holgazanes y pobres desgraciados, inoportunos y molestos, a quienes se debe aplicar la ley de vagos y maleantes. Hay gustos para todo, y todo lo escrito es sobre gustos.

Algunos piensan que los pobres y marginados, cada vez más abundantes, son la servidumbre exigida por el progreso. Pero no lo creáis, mis hijos, sino pensad más bien que son fruto de la desigualdad que promueven nuestra sociedad y nuestros sistemas injustos. Nuestro Dios y Padre nos hizo iguales, y así quiere que sigamos.

No abundaré en lo que sobradamente conocéis. Los que habéis atendido al mandamiento de nuestro Señor y Salvador y habéis impulsado el amor (asistencial y político) experimentáis cuán difícil es soportar el sentimiento de impotencia ante situaciones que os sobrepasan, pero a la vez os topáis con la alegría de la solidaridad. Se trata, en último término, de la alegría que

produce la esperanza, pues sólo espera quien va conquistando palmo a palmo el objeto de su deseo; ya sabéis que la esperanza es un aguantar empujando, y al que sólo aguanta le pueden dar las uvas. Nadie se compromete a regañadientes; el compromiso es como la respiración de la urgencia del amor, y la alegría es como el aroma que endulza el aire que se respira.

El compromiso, mis queridos hijos, es para la alegre tarea de la liberación. En la medida en que liberéis a los demás, os liberáis a vosotros mismos. Ante el panorama de dependencias y desamor de este mundo, el santísimo papa Juan Pablo II ha hecho un llamamiento, «a hombres y mujeres sin excepción, para que pongamos por obra las medidas inspiradas en la solidaridad y en el amor preferencial por los pobres. En este empeño deben ser ejemplo y guía los hijos de la Iglesia, llamados, según el programa anunciado por el mismo Jesús en la sinagoga de Nazaret, a anunciar a los pobres la Buena Nueva... a proclamar la liberación de los cautivos, la vista a los ciegos, para dar libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor» (*Sollicitudo rei socialis*, 47).

### *No paséis*

No os engaños, mis hijos, pensando que vuestra «progresía» está dispensada del compromiso concreto. No caigáis en la tentación de creer que lo vuestro es pensar y criticar, para que los demás hagan y corrijan. Me permito recordaros mi reflexión en torno a la parábola evangélica del fariseo y el publicano (Lc 18, 9-14). Desvariando sobre la enseñanza de nuestro Señor y Maestro, os decía en aquella ocasión que el «progre»

de la parábola, en su trabajo, no da la cara por el débil, pero no falta a una manifestación contra Pinochet.

El «progre» de la parábola apenas contribuye a pagar los gastos de su pequeña comunidad, pero no le faltan mil pesetas para El Salvador. Porque lo progre hoy es referirse al mítico tercer mundo lejano. Así, por sólo mil pesetas se siente como dios. Después de todo, no cuesta tanto sentirse solidario.

El «progre» de la parábola es más consciente de Latinoamérica que de su propio mundo laboral, comunitario, familiar, vecinal. «Te doy gracias, Señor, porque no soy como los demás: gente no concienciada». ¡Ya!

El «progre» de la parábola defiende la teología de la liberación, prosandinista y antiyanki, no faltaría más. Total, no arriesga nada en ello.

El «progre» de la parábola es muy lanzado los domingos de doce y media a dos en su pequeño grupo de concientizados.

Al progre le van las misas progres, con cantos progres y curas progres, manifiestos progres... las comunidades que se llaman de base, la religión moderna, las nuevas teologías. Porque a él a progre no le gana nadie.

El «progre» de la parábola piensa que hoy la lucha que merece la pena está en el tercer mundo y que en Madrid no se pasará nunca de cochinos pequeño-burgueses. Esta mala conciencia explica muchas de las movidas progres.

El «progre» de la parábola mantiene desconchadas las paredes de la iglesia de su parroquia de barrio pobre, sin importarle que los parroquianos pobres quieran una

iglesia sencilla, pero ni fea ni sucia, sino bonita y acogedora para celebrar sus bautizos y casarse en un local más presentable que su casa pobre. De modo que, mientras el progre impone al barrio unos gustos progres, él se monta bien montada su propia casa. Porque el progre es progre de puertas afuera, el progre tiene su casa mejor presentada que su iglesia, pero su iglesia pobre le permite ser pobre una hora a la semana.

El «progre» de la parábola tiene un vocabulario sumamente restringido y plagado de las grandes palabras que tan certeramente maneja la progresía cristiana al uso: testimonio, justicia, liberación, profeta, compromiso, denuncia... Un río de palabras que pasa y se va. Fácilmente convierte una homilía en tertulia de revolucionarios de salón.

El «progre» de la parábola se llena la boca y la pancarta con la palabra «pueblo», el poder popular, la Iglesia del pueblo, la libertad del pueblo, el pueblo de Dios. Pero el progre es un desclasado, un promocionado, un situado al margen del pueblo real. El progre vive una idea romántica del pueblo. Para sentirse pueblo necesita una comunidad de barrio: es más progre; él pertenece al fin a la Iglesia de los pobres; no hay mejor analgésico para su mala conciencia. En el fondo-fondo, él sigue sin ser «pueblo». Denuncia el clericalismo, pero con él no se puede contar para la coordinadora de la comunidad en que los seglares se responsabilicen personalmente. Porque al progre lo que le va es opinar y criticar, pero no asumir responsabilidades y tareas. No se implica. ¡Quién diría que es el mismo progre que admira a las comunidades latinoamericanas autogestionadas por los seglares!

El «progre» de la parábola... pudiera ser yo mismo, por ejemplo.

Si los «retros» pasan ante el herido por eso de que es un holgazán y, si acaso, drogadicto y gentuza, los «progres» también pasan por eso de que no hay que dar el pez y porque no van a hacer pobres permanentes y porque ellos deben arreglarse sus problemas y porque no quieren caer en la trampa de la beneficencia y porque a «ése» hay que promocionarlo.

Ambos pasan y ambos van a misa. El samaritano normal no pasa. Hace lo normal, y luego remueve a todo quisque para que arreglen aquel trozo del camino y, así, no haya más heridos, como comentaba agudamente Martin Luther King. El samaritano normal es eso: normal.

Este, mis hijos, debe ser, a mi juicio, el talante alegre del creyente: talante de buscador, contemplativo, comprometido y esperanzado. Con estos ingredientes, el pan de la alegría está asegurado, aunque vosotros sólo podáis ofrecer levadura a quienes llamen a vuestra puerta.

DONDE SE DECLARA LA SUPREMA ALEGRÍA  
DE LAS BIENAVENTURANZAS, LAS CUALES,  
AUN SIN ENTENDERLAS DEL TODO,  
ACLARAN EL CAMINO  
QUE DA SENTIDO A LA VIDA  
Y CONDUCE A NUESTRO SEÑOR

Os ocurrirá, queridos hijos, como a este vuestro humilde siervo, que cada vez que se topa con el Evangelio de nuestro Señor parecería que es la primera vez que lo lee o escucha. Hay perícopas que sabéis de memoria, de las que habéis leído numerosos comentarios y sobre las que habéis escuchado documentados e interminables sermones. Sin embargo, cada vez que incidís en ellas descubrís matices nuevos, subrayáis palabras inadvertidas, caéis en la cuenta de que allí estaba el tesoro escondido.

¿Acaso no os ha ocurrido esto con el evangelio de la alegría? ¡Cuántas veces habéis pasado páginas del Evangelio porque esas lecciones ya creíais saberlas! ¡Cuán largo es, no obstante, el camino que os queda en escudriñar la palabra viva de nuestro Señor! Porque de

eso se trata, amados míos, de indagar lo que nuestro Señor dice en su palabra, de poner en conversación el Evangelio y la vida. O, si queréis, de leer la vida en el Evangelio y de leer el Evangelio en la vida.

Tan larga introducción sólo pretende haceros caer en la cuenta de que todo lo dicho hasta ahora en esta prolija carta sobre la alegría lo dijo ya nuestro Señor en bien pocas palabras, y así quedó consignado en los santos Evangelios, para que, viviéndolo, tengáis alegría.

Me refiero, ya lo habéis advertido, a las bienaventuranzas, verdadero compendio del Evangelio de nuestro Señor, porque eso son las bienaventuranzas: Evangelio y no ley, como os hizo notar el insigne Joachim Jeremias, pues «la ley pone al hombre ante su propia fuerza y le pide que la use hasta el máximo; el Evangelio sitúa al hombre ante el don de Dios y le pide que convierta de verdad ese don inefable en fundamento de su vida. Estas palabras de Jesús describen lo que es la fe vivida. Y nos dice: Estás perdonado. Eres hijo de Dios. Perteneces a su Reino. El sol de la justicia ha salido también sobre tu vida. Ahora puedes experimentarlo tú: del agradecimiento como hijo de Dios redimido nace y crece una vida nueva» (*Palabras de Jesús*).

Las bienaventuranzas son Evangelio, buena noticia y, por lo tanto, invitación a la alegría. Bienaventurados, dichosos, felices, alegres... Parece que a nuestro Señor se le llena la boca y el corazón de gozo. Es verdad que dice cosas incomprensibles y aparentemente inconvenientes, pues no es fácilmente inteligible que puedan ser felices los pobres, los sufridos, los que lloran, los que tienen hambre y los perseguidos.

Yo no sabría decirlo mejor que vuestros teólogos y maestros en el espíritu, que del tema han llenado las

bibliotecas. A ellos os remito. Y, sobre todo, me siento incapaz de traducir a letras la experiencia que vosotros y otros muchos creyentes y hombres y mujeres de buena voluntad habéis tenido al vivir las bienaventuranzas. Porque vivirlas, hay quien las vive, y posible es, pues nuestro Señor no dijo: «bienaventurados los ángeles, querubines y serafines», sino: «dichosos vosotros, los hombres y mujeres de aquí y de ahora».

Las bienaventuranzas, mis hijos, son una seria invitación a la alegría, y me atrevería a decir que sólo es de verdad alegre aquel que se deja empapar por las bienaventuranzas.

Reparad que las bienaventuranzas son primeramente una gozosa noticia sobre nuestro Dios y Señor; en ellas se nos revela que nuestro Dios y Padre es así: el que prefiere a los pobres, a los que lloran, a los perseguidos; el que se hace defensor de las causas perdidas. Y son a la vez una noticia sobre vosotros mismos. Se os dice: dichosos vosotros, sois bienaventurados, porque tenéis la suerte de saber que vuestro Dios es así.

Pero mirad, mis hijos, cómo lo narra el Evangelio de nuestro Señor. Esta palabra es más sencilla, profunda y clara que mi glosa.

«Al ver Jesús al gentío, subió a la montaña, se sentó y se acercaron sus discípulos, y él se puso a hablar enseñándoles:

Dichosos los pobres en el espíritu,  
porque de ellos es el Reino de los cielos.  
Dichosos los sufridos,  
porque ellos herederán la tierra.  
Dichosos los que lloran,  
porque ellos serán consolados.  
Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia,

porque ellos quedarán saciados.  
Dichosos los misericordiosos,  
porque ellos alcanzarán misericordia.  
Dichosos los limpios de corazón,  
porque ellos verán a Dios.  
Dichosos los que trabajan por la paz,  
porque ellos se llamarán 'los hijos de Dios'.  
Dichosos los perseguidos por causa de la justicia,  
porque de ellos es el Reino de los cielos.  
Dichosos vosotros cuando os insulten y os persigan y  
os calumnien de cualquier modo por mi causa. Estad  
alegres y contentos, porque vuestra recompensa será  
grande en el cielo» (Mt 5,1-12).

No quiero, mis hijos, mortificaros con otro sermón  
diciéndoos lo que ya sabéis, que muy bien ha quedado  
expresado en las «bienaventuranzas» que habéis venido  
redactando durante el último año. Me basta con ofre-  
céroslas aquí, sin ordenar ni retocar, y acaso sin glosa  
alguna, para no rebajar el espíritu que ellas rezuman y  
a vosotros os anima.

Los padres de los niños y niñas de la catequesis,  
junto con los catequistas, elaboraron estas bienaventu-  
ranzas que os recomiendo leáis despacio y, si acaso,  
subrayéis y meditéis:

Bienaventurados los que escuchan y entienden las  
voces de los demás, porque ellos acudirán a cortar los  
alambres que los separan.

✱ Bienaventurados los mayores que escuchan a los  
niños, porque recuperarán la sencillez y la sinceridad  
ya olvidadas.

✱ Bienaventurados los niños que no dudan en con-  
seguir la armonía, porque la alegría será su más sabroso  
bocadillo.

Bienaventurados los niños que se reúnen para ju-  
gar, porque juntos sí que se pasa bien.

Bienaventurados los que buscan la solidaridad y  
son solidarios, porque en ello encuentran su gozo.

Bienaventurados los que no se rinden ante la ad-  
versidad, porque irán tocados del ala, pero seguirán.

✱ Bienaventurados los que saben escuchar a los  
otros, porque el que escucha conoce, y el que conoce  
ama.

✱ Bienaventurados los que saben hacer fiesta, porque  
la alegría compartida se agranda.

✱ Bienaventurados los que buscan la amistad y saben  
apreciarla, porque un amigo es tanto como un hermano.

Bienaventurados los que dejan en sus vidas un  
espacio para lo mágico y gratuito, porque estarán en  
estado de sorpresa y disfrutarán en darse de balde.

Bienaventurados los que crean espacios para en-  
contrarse y comunicarse, porque el encuentro produce  
acogida y la comunicación acaba en comunión.

Bienaventurados los que son capaces de tender  
puentes entre los hombres, porque de la reconciliación  
que favorecen son los primeros beneficiarios.

Si recordáis la semana que dedicasteis la pasada  
cuarema al derecho de los menos informados a adquirir  
una cultura adecuada, os vendrán a la memoria aquellas  
bienaventuranzas que pronunciasteis espontáneamente  
al concluir la eucaristía:

✱ «Dichosos los que, sobre todo, cultivan el cora-  
zón, porque sabrán querer y serán queridos.

Dichosos los que hacen crecer la vida, porque la  
verán desarrollada en ellos mismos.



Dichosos los que ayudan a los enfermos, porque han dado posada a la compasión.

Dichosos los que salen de su tierra cada día, porque serán llamados peregrinos inquietos en viaje hacia el hermano.

• Dichosos los que dan lo que tienen y lo que son, porque serán más aunque tengan menos.

• Dichosos los valientes por el Evangelio, porque brillará su debilidad confundiendo a los sabelotodo.

• Dichosos los sencillos, porque no ponen malicia y retorcimiento en lo que hacen y dicen.

Dichosos los ignorantes en letras y cuentas que saben vivir a pleno pulmón, porque son doctores en el arte de vivir.

Dichosos los que tienen la suerte de oír y entender este piropo: «vosotros sois bienaventurados», porque la alegría vendrá a ellos y se quedará.

Un grupo de adolescentes, más a ras de tierra si cabe que los adultos, formulan sus bienaventuranzas con el realismo de sus catorce años en primavera. Eliminan los «porques»: serían tan largos como corta es su experiencia:

• Bienaventurados los pobres que luchan por no ser pobres.

• Bienaventurados los trabajadores que tienen una casa para vivir.

Bienaventurados los que no se conforman con dar pescado, sino que enseñan a otros a pescar.

Bienaventurados los que tienen casa y trabajo.

Bienaventurados los que luchan por la igualdad.

Bienaventurados los que saben dar la mano.

• Bienaventurados los pacíficos, porque les gusta la paz, no quieren la guerra y no se meten con nadie.

• Bienaventurados los que lloran, porque se desahogan.

Niños y niñas de nueve años, que hacen unas preciosas «felicidades» a flor de vivencia. Cada una es una historia. No hace falta explicarla. Se intuye:

Felices los que están en un país en paz.

Felices los que comparten sus cosas con los demás.

Felices los que ven que un amigo se pone bueno.

Felices los que van de excursión.

Felices los que ven a un amigo al que no veían hace mucho.

Felices los que ayudan a los demás.

Felices los que dan y los que reciben un abrazo.

Felices los que conocen un amigo nuevo.

Felices los que leen, dibujan y hacen cuentas.

Otro grupo de niños y niñas, rozando los once años, reiteran sus más ingenuas convicciones con serena rotundidad. No paséis la página, mis hijos. Sentaos humildemente en el banquillo del discípulo y aprended de los pequeños:

Bienaventurados los que, siendo pobres, son ricos en amor.

Bienaventurados los que saben sufrir al lado del hermano.

• Bienaventurados los que saben dar y recibir.

• Bienaventurados los que sufren para ayudar a todos.

- Bienaventurados los que saben hacer reír.
- Bienaventurados los que saben hacer amigos.
- Bienaventurados los que aman con todo el corazón.
- Bienaventurados los que tienen amigos y saben ser amigos.
- Bienaventurados los que enseñan al hermano.
- Bienaventurados los que hacen fiesta.
- Bienaventurados los padres que nos quieren.

Como una flor del camino, luciendo colores de ternura y nostalgia, reparad en estas breves «dichas» de L. Évely:

- Dichoso quien revive la lozanía de la infancia en la paz de la madurez.
- Dichoso el que sabe y, sin embargo, todavía es capaz de asombrarse.
- Dichoso el que nunca deja de maravillarse.
- Dichoso el que, a pesar de su pobreza, sigue amándose.

Y los benjamines de nuestra amada comunidad, los tiernos niños y niñas de apenas ocho años. Tras cada «felicidad» hay una historia, a veces un drama. Leedlas despacito, mis hijos. No corrijáis, mis hijos.

- Felices cuando toca la hora de recreo.
- Felices cuando hay natillas de postre.
- Felices cuando ayudamos a nuestra madre, porque aprendemos.
- Felices cuando nuestros padres nos ayudan a los deberes, porque lo entendemos mejor.

Felices cuando nos regalan un juguete, porque nos divertimos más.

Felices cuando vienen nuestros amigos, porque no nos aburrirnos jugando solos.

Felices los que tienen hermanos, porque se divierten.

Felices los que dividen, porque es compartir.

Felices los que multiplican, porque con eso se puede dividir.

Felices los que cenan, porque así se alimentan.

Felices los que duermen, porque así recuperan fuerzas.

Felices aquellos que respetan a sus padres.

Felices aquellos que juegan.

Felices aquellos que prestan sus cosas, porque no son egoístas.

Felices los que no desprecian la comida.

Felices los que no mienten, porque los demás siempre los creerán.

Felices los que son pobres, porque tienen esperanza de cambiar.

Felices los que salvan a los demás, porque los demás los salvarán.

Felices los que participan, porque ellos tienen posibilidades de ganar.


Felices los que no se enfadan, porque querrán jugar con ellos.

Felices los que comparten, porque se quieren.

Felices los que tienen amigos, porque no están solos.

Felices los que están juntos, porque no están tristes.

En la pared frontal derecha de vuestro humilde templo aparecieron un día un par de carteles con estas bienaventuranzas:

 Dichosos los que comparten, porque multiplican.

Dichosos los que dan el primer paso, porque aceleran el encuentro.

Espigando en el libro de José M. Cabodevilla, *Las formas de felicidad son ocho*, encontré un ramillete de bienaventuranzas que os transcribo de memoria:

Bienaventurado el Hijo de Dios, porque será llamado Hijo del hombre.

Bienaventurados los mansos, porque poseerán el cielo.

Bienaventurados los que padecen hambre y esperan. Dichosos cuando tienen motivos para esperar.

Bienaventurados los que invocan la misericordia de Dios para sus amigos, porque alcanzarán misericordia para sí mismos.

Bienaventurados los que reconocen que no son limpios de corazón, porque serán purificados y verán a Dios.

Bienaventurados los pobres, no porque sean virtuosos y buenos, sino porque son pobres; no porque pasen necesidad, sino porque son los preferidos de nuestro Señor; no porque tengan unas manos limpias, sino porque las tienen vacías.

Bienaventurados los pobres, porque permiten a Dios que sea fiel a sí mismo siendo su valedor en un mundo en que están tan injustamente tratados. Bienaventurados, porque el mismo Dios se pondrá en pie

para juzgarlos, es decir, para salvar a todos los pobres de la tierra (Sal 75,10).

Bienaventurados los pobres, porque Dios oirá sus clamores, aunque no sean oraciones, sino gritos de protesta.

Bienaventurados los pobres. «De sobra se sabe que no son santos. Probablemente tienen el alma llena de codicia; pero, sobre todo, tienen las manos vacías. Envidian a los ricos; pero, sobre todo, son explotados por los ricos. Quizá son malintencionados, negligentes y resentidos; pero, sobre todo, no son ricos. No son más veraces que los demás; pero son constantemente engañados y defraudados por los demás. No son observantes de la ley; pero, sobre todo, son víctimas de la ley. No aman a Dios más que otros; pero son amados por Dios más que los otros».

Bienaventurados los que eligen ser pobres y no consideran esta elección como un mérito, sino como un motivo de gratitud.

Mi secretario me pasa una oración recitada en uno de vuestros encuentros. Os la recuerdo:

Tú, Señor,  
lees el corazón  
más allá de las apariencias  
y declaras dichosos  
a los que son limpios y sencillos,  
y a ellos les prometes que verán tu rostro.  
Tú llamas dichosos  
a los que han rechazado todos los ídolos  
y sólo te aceptan a ti como Señor;  
llamas dichosos  
a los que son transparentes  
y no son rebuscados y de segundas intenciones;  
llamas dichosos a los que son sinceros

y no pretenden dar gato por liebre  
y a los que renuncian  
a manipular tu palabra en su propio provecho.  
Te damos las gracias  
por habernos manifestado  
que así eres tú  
e invitarnos a ser de esa manera.  
Reconocemos que Jesús es la gran bienaventuranza.  
El se aproximó a los de corazón limpio,  
aunque tuviese las manos manchadas.  
Fue acosado por aquellos  
que tenían el corazón oscuro  
y las manos limpias,  
porque, de hecho, no tenían manos.

Y para concluir tan larga lista de «alegrías», me vais a permitir que os presente a una de carne y hueso. Se trata de «el Jose».

«El Jose» es un vagabundo afincado en vuestro barrio. Lleva la sonrisa siempre puesta y el saludo siempre a punto. Duerme en cualquier coche abandonado en la calle de Algodonales. Deambula durante el día, a veces recogiendo cartón, a veces buscando una chapuza. Dedicar mucho tiempo a largas tertulias en el banco de la esquina, junto al mercado. Su hablar cadencioso y sus historias intrascendentes contagian la paz que el Jose lleva pintada en los ojos.

El Jose no es un mendigo, porque el Jose no pide. El Jose trabaja: descarga camiones, recoge fruta, hace recados. El dinero ganado lo gasta con los amigos. Mientras el Jose tenga dinero, está asegurado el bocata de todos los vagabundos que moran en el barrio. Cuando el dinero se acaba, el Jose busca otra chapuza. Y así se va tirando.

Atento a cada nuevo despistado que cae por ahí, el Jose le busca el rincón, el coche o el portal donde dormir. Y los enfermos, porque también enferman los vagabundos. El Jose los cuida: les proporciona la mejor manta y les lleva el café por la mañana temprano. Entre el grupo de vagabundos que viven en vuestro barrio hay un abogado y un poeta. El Jose no sabe de letras, ni falta que le hace. El Jose conoce todas las estrellas, una a una, y todas las esquinas, metro a metro, y todas las heladas, grado a grado. El Jose es una bienaventuranza. Doy fe.

DONDE SE TRATA UN VIEJO ESCOLIO  
SOBRE LA LICITUD DE LA RISA  
Y SE COLIGE  
QUE ES ACONSEJABLE LA CARCAJADA

Si osamos referir aquí algún detalle sobre la risa, no penséis, amados míos, que se trata de desvío o superficialidad. Muy pocos teólogos y maestros del espíritu han tratado de esta manifestación de contento que es la risa: sus salpicadas alusiones se han referido más a la cortesía y buena compostura en las relaciones humanas que a la sana y recta conducta del cristiano. Gruesos e innumerables volúmenes se han escrito sobre los mandamientos de la ley de Dios y de la Santa Madre Iglesia, así como sobre los siete sacramentos, pero poco se ha escrito, a la luz de la divina revelación, sobre el *mandamiento* de la alegría y el *sacramento* de la risa.

La risa, con ser la hija predilecta de la alegría, es, no obstante, la más denostada y zaherida. (Mi secretario da fe de los «capones» recibidos por reír en la catequesis, de algún «monitum» en el colegio por lo mismo y de las veces que se le ha censurado una carcajada. Asi-

mismo, certifica que Juanmiguel no encontró retrato alguno de Cristo riendo, aunque sí de la Santa Virgen María, a pesar de haber revuelto archivos y hemerotecas. Me cuentan que a algunos os han echado del templo, en tiempos no muy lejanos, por vuestra risa. (Son cotilleos de mi secretario, que quizá hasta sean verdad).

### *No me quites la risa*

«Sabéis que Cristo no reía», afirma con gravedad el monje Jorge en *El nombre de la rosa*. Ante el alegato de Guillermo de que «la risa es buena medicina para los humores y otras afecciones del cuerpo, sobre todo la melancolía», Jorge replica: «La risa sacude el cuerpo, deforma los rasgos de la cara, hace que el hombre parezca un mono. La risa es un signo de estulticia. Cristo no reía. La risa fomenta la duda. Al reír, el necio dice implícitamente: Deus non est». Y así sigue argumentando doctamente el viejo monje para demostrar la perversidad de la risa, cosa más propia de personas vacías y superficiales que de cristianos serios y responsables. Hay que reconocer que Jorge se pasa un tanto y nos hace pensar que su intransigencia puede ser fruto de cierta deformación monacal o del rebrote de una antigua úlcera de duodeno.

No fue tan lejos en sus apreciaciones el bienaventurado Clemente, hombre sabio y espíritu refinado, que también ocupó mi antigua sede de Alejandría, pero pone tantos recortes y condiciones a la risa que dan ganas de no reírse, pues no es tan fácil encontrar la justa medida o el justo medio para ser cortés y no parecer maleducado.

«La hilaridad, dice el beato Clemente, necesita ser refrenada. La risa moderada es signo de decoro; en cam-

bio, la risa inconveniente indica falta de moderación». Y como más bien el santo Clemente da normas de refinado comportamiento social, recuerda a los más remilgados que «la sonrisa es la risa de los sabios» y llega a amonestar a aquel que «sonríe con un rostro no decoroso, cuyo reír es menos risible». El sabio Clemente exhorta a que no se ría «delante de cualquiera ni en cualquier sitio, y no para todos y sobre todo. Pero especialmente, añade, han de tener cuidado los jóvenes y las mujeres, porque pueden dar ocasión a la maledicencia» (*Paedagogus*, II, 46-47).

Imagino que vosotros, y sobre todo vosotras, tan progres y eso, estáis pensando que la marginación femenina viene de lejos, que incluso la risa os hace sospechosas y ya os enseñaron a tapanla con el pañuelo. Que me perdone mi hermano en el episcopado si en esta ocasión no guardamos la unanimidad pretendida. Pienso yo que es más risible la risa que más se ríe; en nuestro barrio, reír es reír y no enseñar modosa y recatadamente los dientes, porque de la abundancia del corazón ríe la boca, y la risa simulada sale de un corazón menos transparente. Prefiero, amados míos, que inundéis el barrio de carcajadas y no de lamentos. Que vuestra risa sea sonora y no asordinada, como quien siente vergüenza de estar alegre. Cada uno de vosotros puede exclamar abiertamente con el poeta:

«Quítame el pan, si quieres,  
quítame el aire, pero  
no me quites la risa»

(Pablo Neruda),

porque, sin risa, el pan no sabe a nada y el aire se convierte en ahogo. Sin risa, sin razón de vivir, el pan y el aire sobran.

Tanta prevención ante la risa debe tener su oculta razón. Porque, a la vista de lo dicho, ¿qué puede tener de perverso y demoníaco esta hija de la inocencia? Esta humilde criatura ha sido considerada frecuentemente una provocación, una irreverencia y hasta una subversión. ¿No es acaso la risa una provocación a lo que tenemos por fundamental e importantísimo? Quizá tenemos demasiadas cosas fundamentales, que la risa rebaja y humaniza. ¿No es la risa una pretendida subversión de las normas, de lo establecido, de lo bien atado, del orden, la disciplina, la seriedad? A los amantes de la seguridad, la risa los pone en la cuerda floja. Intolerable es, dicen, esta falta de respeto (¡ojo!: de *respicere* = mirar, ver las cosas como son). Que uno se ría de la norma es una rebeldía; que varios se rían de la norma es una subversión. ¿Y si se ríen todos? ¡Ah, entonces es una hecatombe! La risa es lo absolutamente subversivo; la risa, escribe Octavio Paz, «incendia los preceptos y los santos mandamientos»; la risa descentraliza; la risa es iconoclasta.

Pero no seré yo —*videant consules*— quien se pierda por estos vericuetos de la filosofía. Lo cierto y verdad es que quien se ríe no hace mofa ni desprecio ni rechazo del asunto del que se ríe, sino que quien se ríe se coloca en una nueva perspectiva de conocimiento. Quiero decir y digo que quien se ríe toma distancia de la situación de la que se ríe, ve otros aspectos distintos de los usuales, y entonces penetra en ella de manera diferente. Lo que ocurre es que tendemos normalmente a ver los aspectos más serios y «transcendentales» de las cosas. Y así nos va. Quien ríe es, pues, respetuoso (¡ojo!: de *respicere* = mirar, ver las cosas como son en sus múltiples lados y facetas, no necesariamente en las reducidas

de siempre). Relativizar los «transcendentalismos» es, a mi juicio, un signo de sabiduría. Por eso, se dice, la risa está tan cerquita de la duda.

Sigo desvariando. La risa humaniza, hace al hombre más hombre. El que es más risueño y, por ende, más humano es menos fanático, más tolerante y menos autoritario. De ahí colijo que quien ríe actúa más de acuerdo con la voluntad de nuestro Salvador, por ser más comprensivo, más próximo, más perdonador, mal que le pese a Jorge y a sus adláteres antiguos y modernos.

Item más: reír es vivir. La vida no es una piedra ni un grillete ni una cuenta de multiplicar; la vida es mucho más que una lista de leyes: es un sueño o, si se quiere, una utopía. Y la risa es uno de los pocos sueños cumplidos cada día. Reír indica que estamos vivos, y el pecado no está en haber nacido, sino en no reírse, según defendía Nietzsche frente a su maestro Schopenhauer. Sabiamente decía Chanfort que «el día en que no se ha reído al menos una vez, es un día perdido».

Los especialistas utilizan la risa como terapia. Al parecer, la risa acelera la respiración, eleva la presión sanguínea, mejora la irrigación del cerebro. La risa es tan saludable como el deporte y hasta puede desbloquear lo que llamáis el estrés.

No puedo yo pedirlos, mis hijos, que reservéis un tiempo y un espacio para reír. Imaginad que en vuestras celebraciones hubiese un momento reservado para reír comunitariamente. Resultaría tan artificial que pronto perderíais el gusto por la risa. La risa brota espontáneamente desde el fondo de un corazón no rebuscado. Vosotros, más bien, debéis concelebrar la risa. Así lo hacéis, según advierto en vuestras reuniones. Unos par-

ticipáis expresando vuestras jugosas reflexiones, otros aportáis vuestro silencio y, de vez en cuando, vuestra risa. Ninguno de vosotros se extraña ni escandaliza por la sonora y puntual carcajada de un hermano que de improviso rompe su silencio. Todos entendéis que es su forma de participar. A veces, la forma mejor. Ojalá lleguéis a preocuparos cuando la comunidad ría poco. Haced el propósito de advertirlo a la comunidad cuando lo notéis.

### *Dios ríe*

Tocando el fin de mi exhortación, mis hijos muy queridos, no quiero dejar de señalar que la alegría verdadera se aposenta en el ser profundo del hombre y, más que una satisfacción pasajera o una emoción que roza la periferia de la persona, es un *estado* que podéis y debéis cultivar. Lo que importa no es tanto estar alegres cuanto ser alegres. Os invito, pues, a un estado permanente de alegría.

En los antiquísimos mitos de la creación, que relatan las hazañas de los dioses creadores, aparece una alegría de dimensiones cósmicas una vez que se ha obtenido la victoria definitiva sobre el caos. Si el cielo y la tierra hacen fiesta por la hermosura y bondad de lo creado, ¡cuánta más fiesta celebrará el universo entero por la salvación y liberación del hombre! Porque la alegría es, sobre todo, comunicación y participación, es comunión, y todos se alegran del bien de cada uno. La alegría verdadera es contagiosa: vuestra alegría hace más hermosa la vida, y la alegría de cuanto os rodea os hace a vosotros más optimistas y felices.

Los santos cristianos son alegres, y el refrán recuerda que «un santo triste es un triste santo». Ahí

tenéis, como ejemplos tomados al azar, a Francisco de Sales, Tomás Moro, Felipe Neri, Teresa de Avila, Juan XXIII... y tantos otros, cuyos biógrafos, empero, los presentaron tan raros y extraños que uno preferiría no ser santo para no ser tan aburrido.

Dios es alegre, amados míos. Dios ríe. Los santos padres griegos veían en la creación una especie de juego: Dios se divertía haciendo brotar la vida y se reía al contemplar que era buena. Dios creó el mundo riéndose. El mundo es la encarnación de la risa de Dios.

Las santas Escrituras dicen que Dios ríe (Salmo 2) y ni Jorge ni Clemente ni vosotros sois quiénes para enmendar la plana a nuestro Padre y Señor. Uno de vuestros teólogos lo advirtió con finura notable y me voy a permitir citarlo largamente para que su palabra os aliente, ensanche vuestro ánimo y, si acaso, os ilustre.

«La risa. Esta humilde criatura parece destinada a disolverse, sin rumor, en la nada cuando penetra en la inmensidad de Dios. Sin embargo, la Escritura habla de la risa como imagen y figura de los pensamientos más íntimos de Dios. La palabra de la Escritura podría llenarnos de admiración, pero queda el hecho innegable de que Dios sonríe en el cielo. Se ríe de la risa de la tranquilidad, de la seguridad y serenidad. Se ríe de la risa que domina todas las oscuras complicaciones de una historia que es cruel, sanguinaria, loca y vulgar. Ríe con calma. Se podría decir: como si todo esto no tuviese que ver nada con él. Lleno de compasión, Él conoce perfectamente el drama amargo de esta tierra. Dios sonríe, dice la Escritura. Y con ello afirma que incluso la más pequeña sonrisa pura y delicada, que brota de no importa dónde, desde un corazón recto, ante cualquier tontería de este mundo, refleja una imagen y un rayo de Dios. Es una señal del Dios vencedor, señor de



la historia y de la eternidad. Del Dios cuya sonrisa nos demuestra que todo en definitiva es bueno» (Karl Rahner).

### *Hijos de la risa*

Si vuestra imaginación os alcanza, figuraos a nuestro Señor departiendo con Abraham a la sombra de una encina en Mambré. Figuraos a Yahvé desternillándose de risa mientras Sara se reía por no dar crédito al anuncio de que sería madre en su vejez. Yahvé, el que es y se manifestará liberador, inquiere sobre la risa de Sara. «Ella trató de defenderse, pues tuvo miedo, diciendo: 'Yo no me he reído'. Pero él le dijo: 'Sí, te reíste'» (Gn 18, 15). El mismo ataque de risa padeció Abraham ante la gozosa noticia de su paternidad y, «agachándose, tocó la tierra con su cara y se puso a reir». Cuando al fin Sara dio a luz un hijo, se dijo: «Dios me ha hecho reir y todos los que se enteren se reirán también» (Gn 21,6). Y al niño lo llamaron Isaac, que significa «Dios ríe». Isaac es un hijo legítimo de la risa, de la risa de Dios que se ríe con la risa de todos y, al reir el último, ríe a sus anchas.

Ya referimos en otro lugar que el fundamento último de la alegría es el amor. Dios ama; por eso es capaz de reir. Dios ríe en los que aman y en los que «dan como, en el fondo del valle, da el mirto su fragancia al espacio. A través de las manos de los que son como ellos, Dios habla y, desde el fondo de sus ojos, él sonrío sobre la tierra» (Gilbran Khalil Gilbran).

No todos lo entienden así, mis hijos. Mirad: Milan Kundera afirma que «el amor no tiene nada que ver con la risa. El amor no puede ser ridículo». Se entiende que

tan ilustre prócer de la posmodernidad asevere con tanta contundencia, ya que entiende la risa como un «sonido entrecortado, brusco, en un tono de voz muy alto» o como «una explosión que nos arranca del mundo y nos deja tirados en nuestra fría soledad» (*El libro de la risa y el olvido*).

No seré yo quien polemice con este precoz sabio que adelanta el siglo XXI. La sola observación me hace ver lo poco que se ríen los amargados y resentidos, los agresivos y violentos, los rebuscados y transcendentelistas. ¡Cuánto ríen, sin embargo, los sencillos y pacíficos, los animosos y enamorados! El amor no mueve a risa (ridículo); el amor, sencillamente, ríe o, si se quiere, el amor es la risa que nos descubre que la vida merece vivirse.

No ha mucho, mi hermano en el episcopado Narcís Jubany recomendaba la sonrisa, porque ésta «enriquece a aquellos que la reciben, sin empobrecer a quienes la dan. La sonrisa, añade, es muchas veces una manifestación de amor a los demás» y, según Romano Guardini, «una de las fuerzas supremas del alma humana».

Dice José María Cabodevilla que «la risa pertenece a la física, y el humor a la química»; que la «risa suele interpretar los textos según la letra, y el humor según el espíritu». Nada quita a lo dicho el refinamiento de esa *jirafa con ideas tan elevadas*. Sin duda que la risa y el humor son parientes próximos y que ambos forman parte del talante cristiano y «nos reconcilian con nuestra pequeñez».

### *El buen humor*

Pero no vamos a abundar en este tema, ampliamente tratado por notables sabios y sesudos investiga-

dores. Al ser el buen humor escaso, debéis pedirlo como lo pedía el beatísimo Juan XXIII: «Recuerda, ángel mío, que debes darme buen humor». O como lo pedía el bienaventurado Tomás Moro: «Dame, Señor, una buena digestión y, naturalmente, dame algo que digerir. Dame la salud del cuerpo y el buen humor necesario para mantenerla. Dame un alma que no conozca el aburrimiento, las quejas, los suspiros, los lamentos, y haz que no me inquiete por eso tan envolvente que se llama 'yo'. Dame el sentido del ridículo. Concédeme la gracia de aceptar las bromas para que no me falte en la vida un poco de alegría y pueda hacer también partícipes a los demás».

O, si os parece, pedidlo con las palabras de mi hermano en el episcopado Damián Iguacén: «Necesito humor para seguirte, Señor, para creer en las Bienaventuranzas, para amar y perdonar a todos. Necesito fuertes dosis de buen humor para ser sal, luz, fermento en este puñetero mundo, con esta gente incordiante e inaguantable, en esta sociedad de gentes crispadas y conflictivas, en unas comunidades inexplicablemente ásperas, tensas y ácidas. Dan ganas de no poner ya más sal a la 'cosa'. Dan ganas de dar un gruñido y marchar. Pero tú no quieres seguidores gruñones ni entristecidos. No es posible ser buen cristiano sin buen humor. El mal humor no es un buen conductor de la Buena Noticia».

Sed alegres, tened buen humor, amados míos, no ocultéis vuestra risa. Me hago responsable de vuestras carcajadas. Si no estáis alegres ni reís, ¿cómo va a conocer este mundo que «Cristo resucitado enciende una fiesta en el corazón del hombre»? Reíd, porque la risa de Dios «nos demuestra que todo, en definitiva, es bueno».

## 9

---

DONDE SE RELATA EL EVANGELIO  
DE LA ALEGRÍA, BUENA NOTICIA  
PARA CAMINANTES ANIMOSOS,  
ÁNIMO PARA PEREGRINOS DÉBILES,  
REMANSO PARA ROMEROS AGOTADOS,  
AGUIJÓN PARA VIAJEROS DESPISTADOS

### 1. *En el principio*

En el principio era la Alegría,  
y la Alegría estaba en Dios,  
y la Alegría era Dios.  
Y todo se hizo por ella,  
y sin ella no se hizo nada de cuanto existe.  
En ella estaba la vida  
y era la luz de los hombres.  
La Alegría brilla en medio de las penas,  
y las penas no la vencieron.  
La Alegría era la luz verdadera  
que ilumina a todo hombre que viene a este mundo.  
En el mundo estaba, y el mundo no la conoció.  
Vino a los suyos, pero los suyos no la recibieron.  
Pero a todos los que la recibieron  
les dio poder de hacerse hijos de Dios,

porque la Alegría nació de Dios  
y se hizo hombre y puso su morada entre nosotros,  
y hemos contemplado su fulgor.  
De su plenitud todos hemos recibido.  
A Dios nadie le ha visto jamás,  
pero su Alegría ha llegado a nosotros.  
Y nosotros somos sus testigos.

## 2. Dichosos vosotros

En este tiempo, el Maestro, desde una barca a la orilla del estanque del parque del Retiro, tomó la palabra y se puso a enseñar a sus novicios algo así como:

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque la alegría se les da por añadidura.

Bienaventurados los sencillos, porque de su talante brota la alegría cristalina que salta hasta la vida eterna.

Bienaventurados los que no tienen inconveniente en llorar con los que lloran, porque, cuando ríen con los que ríen, su risa será de fiar.

Bienaventurados los limpios de corazón, porque éstos beben alegría de todas las cosas.

Bienaventurados los pacíficos luchadores, porque experimentan la alegría de las reconciliaciones, la alegría de los abrazos de concordia, la alegría del perdón.

Dichosos vosotros cuando os insulten y os tachen de ilusos e inconscientes porque estáis siempre alegres en el Señor.

Vosotros sois la alegría del mundo. Pero, si la alegría se pone triste, ¿con qué se la alegrará, decidme?

No se oculta una alegre noticia, sino que se publica a los cuatro vientos para que todos se alegren y, así,

glorifiquen al que nos ha creado para que seamos felices aquí en la tierra como en el cielo.

No penséis que he venido a traer nuevas cargas sobre los hombros de las buenas gentes, porque mi carga es alegre y llevadera, y mi yugo suave y cariñoso.

Siempre se os ha dicho que este mundo es un valle de lágrimas, pero yo os digo: Dios se complace en la felicidad de los hombres.

Veis a vuestro alrededor que el triste sorbe sus lágrimas a solas, pero yo os digo: Si sonreís sólo a los alegres, ¿qué mérito tenéis? ¿No hacen eso mismo los «juerguistas»?

Y si os mostráis alegres para «quedaros» con el personal, ¿no hacéis lo mismo que los ejecutivos y los negociantes y los diplomáticos?

Por consiguiente, no privéis a nadie del divino don que se os ha concedido. Gratis lo habéis recibido, dadlo gratis.

Si alguien te pone mala cara, no le saques la lengua; y si uno te recibe con malos modales, sonríele amablemente y habrás ganado un amigo.

Os aseguro que más regocijo hay en el cielo por un triste que se alegra que por...

Cuando estéis tristes, no recurráis a la bebida para ahogar las penas, porque más triste será el despertar. La alegría verdadera nace del corazón.

En verdad os digo que en el mundo no os faltarán apretujones, pero confiad y venceréis. De las pruebas saldrá fortalecida vuestra alegría, bien templada por el fugo de la adversidad.

Sabed que nadie llora solo: vuestro Padre recoge las lágrimas de todos, y ninguna se perderá. Lo mismo que con vuestras alegrías se gozan los ángeles en el cielo.

Cuidad que las preocupaciones no os roben vuestra alegría. No os agobiéis por el mañana pensando y pensando. A cada día le bastan sus disgustos.

Guardaos de los profetas de calamidades que sólo anuncian nubarrones. Ellos cargan pesados fardos sobre los hombros de los demás, pero no les ayudan a sopor-tarlos. Atemorizan a la gente, y donde hay miedo no hay alegría, donde hay represión no hay fiesta.

Cuando pretendan desanimaros, no les hagáis caso, que ningún agorero es mensajero de mi Reino. Por sus frutos los conoceréis.

Pero mirad que no basta decir: «ánimo, todo es de color de rosa», que de los ilusos no será mi Reino. Antes bien, cimentad vuestra alegría sobre la roca de la fe esperanzada, de modo que, cuando vengan las adversidades, no desfallezcáis.

A todo esto, comenzaba a anochecer y el Maestro remó su barca hasta el embarcadero.

### 3. *No tengáis miedo*

Cerca de la Cibeles, le presentaron a un hombre amargado que, sin levantar la cabeza, exclamó:

—Señor, ¡que me hundo!

El Maestro, después de escuchar atentamente sus quejas, le increpó:

—Pero ¿qué temes, hombre de poca fe? Mira de frente y abre bien los ojos.

Pero el hombre se fue con su melancolía a otra parte, porque no le interesaba ver. Entonces el Maestro se apenó por él y dijo a sus novicios:

—Os aseguro que sólo quien tenga fe en sí mismo puede tener fe en Dios. Y quien no se fía de los demás, tampoco es de fiar.

A muchos les parecían demasiado duras estas palabras y murmuraban entre sí, diciendo: ¿Qué tendrá que ver la fe con la alegría? El Maestro se volvió y les espetó esta pregunta para que se rascaran la cabeza:

—¿Puede un hombre cabizbajo otear el horizonte?

Y, como no sabían a qué se refería, les añadió:

—¿Y podrá uno avanzar con la cabeza vuelta hacia atrás? El que quiera entender, que se dé por aludido.

Y no quiso darles más explicaciones. Entonces algunos se alejaron meditabundos.

Adonde iba se le acercaban neuróticos y depresivos, pesimistas y cenizos, abatidos y decaídos, y a todos los libraba de su espíritu inmundo, resucitando milagrosamente los más íntimos recursos que cada uno llevaba dentro sin saberlo.

Y su fama crecía por toda la ciudad, así que la prensa y la radio y la tele comenzaron a ocuparse de él con reportajes y entrevistas. Las autoridades religiosas estaban seriamente preocupadas, pues no sabían si desautorizarlo.

Y, al pasar por delante de la Curia o del Parlamento, advertía a sus novicios:

—Mirad que os mando como arroyos cantarines entre duros peñascos; por tanto, sed alegres como auroras, pero profundos como ocasos. No tengáis tanto miedo de los que matan el cuerpo como de los que envenenan vuestro ánimo.

Y cambiaban de acera.

#### 4. *Reiros de vosotros*

Y ante los anuncios luminosos de los espectáculos de revista y variedades, les puntualizaba:

—Con todo esto, no penséis que he venido a traer el jolgorio a la tierra; no he venido a fomentar la euforia, sino el gozo íntimo del espíritu. No he venido a divertiros con chistes fáciles que alivien entre carcajadas vuestro hastío de vivir. ¿A quién diré que se parece esta clase de gente?

Y añadía:

—Severos santones vinieron predicando austeridad y penitencia, y los habéis tachado de inhumanos; ahora que llego yo invitándoos a la alegría, me tomáis por un cómico bullanguero. ¿Tanto tiempo entre vosotros y todavía no distinguís? Así pues, entendedme, que no os pido la ensimismada seriedad del burro que aparenta graves pensamientos; pero, si no vais más allá de la fácil risa de las novicias en recreo, no seréis mis testigos en las ciudades cansadas y aburridas. (Decía esto observando los rostros de la gente en el «metro»).

Y, al ver cómo los novicios consultaban las agendas repletas de múltiples actividades, les dijo:

—¿Por qué os afanáis tanto y sometéis vuestra alma a tanto ajeteo?

Le respondieron que la tarea es mucha y el tiempo poco. El Maestro les dijo:

—Si no tuviereis cada día un tiempo para reiros un poco de vosotros mismos y reparar en la estupidez que os envuelve, todos pereceréis víctimas de vuestra propia seriedad. Porque ¿de qué le sirve al hombre ganar tanto si pierde la alegría de su alma? ¿Qué dará el hombre a cambio de su felicidad? ¿Con qué placeres podrá sustituirla? ¿Con qué podrá compensarse de no ser dichoso? Decidme: si la existencia pierde su alegría, ¿con qué se la salará? Así pues, no dejéis apagar la fiesta en vosotros.

Perdonad a los que os ofenden y no saboreéis la revancha sonriendo entre dientes y diciendo: «el que ríe el último reirá dos veces», porque habéis de saber que el mezquino placer de la venganza os privará de la suprema alegría de la reconciliación. Reiréis dos veces, pero sólo dos; el resto será rechinar de dientes. Porque la alegría no mora en un corazón rencoroso. Y si almacenáis angustias, ¿cómo vais a estar alegres?

#### 5. *No seáis así*

Gustaba el Maestro de ironizar (sin mordacidad) sobre los letrados, licenciados y doctores, que pierden la vista, los pelos y el humor y desprecian a los iletrados. O sobre los probos funcionarios que se limitan a argumentar: «yo sólo soy un mandado», y se quedan tan panchos. También se mofaba de la seriedad de los políticos y dignatarios eclesiásticos; después de escenificar su arrogancia al hacerse llamar «excelencia», «ilustrísima» y otras lindezas, les recomendaba:

—No sea así entre vosotros. Empezad por no tomaros excesivamente en serio. Reiros de tanta máscara

y disfraz, o acabaréis hechos unos creídos pagados de sí mismos.

Tampoco los acaparadores y los ahorradores se libraban de su caricatura, tan certera y graciosa que suscitaba la hilaridad de los novicios.

Algunos, al presenciar tales burlas, le volvían la espalda y ya no se juntaban con él. El Maestro, viéndolos marchar, lamentaba la falta de sentido del humor que hay en el mundo.

En otra ocasión, junto a las Ventas, se sentó en las gradas del Circo y, señalando a un payaso, les dijo:

—Si no os hicieréis como uno de estos payasos de las bofetadas, no entraréis en el Reino de la probada alegría. Más difícil le será a un listillo aprovechado entrar en mi Reino que a un blanco «pierrot» de grandes botones negros. Porque mi Padre mira con complacencia al torpe payaso de los zapatones. Si no renaciéreis arlequines, no entraréis en el banquete de la fiesta que no acaba.

Los jóvenes novicios se preguntaban si el mundo todo no sería una gran carpa de circo, y discutían entre ellos quiénes serían las fieras enjauladas, quiénes los domadores, quiénes los trapevistas, etc. Oyéndolos, el Maestro sonreía mientras tarareaba una melodía de «Godspell».

Otra vez, mientras esperaban el autobús en la colonia residencial del Visón, se fijaron en una gran señora de mal disimuladas ojeras que salía de su mansión. El Maestro, echándole cara, se dirigió a ella:

—Dame un poco de tu alegría.

Ella, extrañada, le contestó:

—¿De mi alegría? ¿Es que quieres que te divierta un rato? (Ella contestó así porque no entendía otra alegría que no fuera diversión).

El Maestro le contestó:

—Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: «dame un poco de tu alegría», tú le habrías pedido a él, y él te habría dado alegría viva.

Le dice la mujer:

—Pero, oiga, señor, si no tiene usted pinta de chistoso, ¿cómo me va a alegrar? ¿Es que eres más gracioso que Pedro Ruiz o que Moncho Borrajo?

El Maestro le respondió:

—Todo el que disfrute de esa risa volverá a necesitar más risa. Pero el que guste de mi alegría no tendrá necesidad de jolgorios, sino que la alegría que yo le dé se convertirá en él en fuente eterna de alegría.

Le dice la mujer:

—Señor, deme de esa alegría para que no tenga que ir de juerga en juerga.

Y, dejando su precioso abrigo de pieles al taxista, se unió al grupo del Maestro tan contenta.

## 6. *Os lo digo de verdad*

Y, llegado el momento de la despedida, en la cafetería de la estación, profundamente emocionado, los abrazó y les dijo:

—En verdad, en verdad os digo que lloraréis y os lamentaréis y el mundo se alegrará. Vosotros os entristeceréis, pero vuestra tristeza se volverá gozo.

La mujer, cuando pare, siente tristeza porque llega su hora; pero, cuando ha dado a luz un hijo, ya no se acuerda de la tribulación, por el gozo que tiene de haber traído al mundo un hombre.

Lo mismo el que pinta un cuadro, escribe un poema o defiende al débil, planta un geranio o echa de comer a las palomas en el parque. El corazón del hombre se alegra dando a luz un mundo nuevo.

La alegría os dejo, mi alegría os doy, no como la da el mundo.

No se turbe vuestro corazón ni se intimide. Si me amáis, os alegraréis.

Permaneced en mi alegría, y yo en la vuestra.

El que permanece en mi alegría, ése dará mucho fruto.

Como el Padre se alegra de mí, yo me alegro de vosotros.

Esto os mando: que os alegréis los unos a los otros.

Y nada será capaz de quitaros vuestra alegría.

Y, dichas estas últimas palabras, se marchó.

## 7. *Estaba en la alegría*

Impresionados y llenos de alegría, los novicios regresaron a su comunidad. Tras el encuentro con el Maestro, comenzaron a ver de otra manera. Aquella noche, la oración comunitaria fue de este tenor:

Exulten por fin los coros de los ángeles,  
las innumerables legiones de tanta gente angelical  
como reconocemos en la noche.

Miríadas de arcángeles panaderos y carteros,  
serafines de cariño y ternura  
con quienes tanto amamos,  
legiones de enfermeras  
que son verdaderos querubines.  
Dominaciones, Tronos y Potestades,  
blandiendo sus afiladas lenguas  
cual flamíferas espadas,  
militan en sindicatos, convocan asambleas,  
pegan carteles y gritan en las manifestaciones:  
«no te drogues, quiérete», y cosas así,  
reclamando lo que en verdad es justo y necesario,  
nuestro deber y salvación,  
doblegando a los poderosos de este mundo nuestro.  
Así anuncian una resurrección,  
una futura noche clara como el día.

Va conmigo ese ángel de mujer  
y esa viejecita angelical.  
Conmigo va el ángel de la comunidad:  
el domingo por la mañana un ángel con corbata  
se sienta a mi lado  
y otro ángel mensajero de paz  
me la desea de todo corazón.  
Aquella cara conocida tiene ángel, ¿verdad?

El ángel del Señor anunció a José y María,  
a Julián y Gloria...  
la concepción alada de todas las cosas  
en la que fue su noche santa,  
iluminada hoy por el gozo,  
por la llama viva que no mengua al repartirla.

Estamos rodeados de ángeles y no lo sabemos:  
ángeles gordinflones y ángeles flacuchos  
y ángeles medio calvos.  
Risas angelicales alborotan la salida del colegio,  
miradas angelicales se complacen  
en los hijos de los hombres;

el ángel guardián que es la madre vela su sueño,  
calma su fiebre y le dice: «abrigate, hijo».

Sintonizo un rumor de alas  
dentro del coche de los enamorados.  
Un batir de alas tras aquella puerta.  
Un revoloteo de angelotes en torno a la cuna.  
Dos pares de alas en la espalda de los que se abrazan.  
Angeles en las cuatro esquinas de la cama del amor  
y en la cama del dolor.  
Tres jubilados sentados con sus alas tendidas  
al tibio sol de invierno.

«Usted primero, abuela»,  
se le oye decir a un ángel en la cola del bus;  
otro se encoge de alas para subir al metro.

Si miro a mi alrededor, compruebo  
cómo día y noche van tus ángeles,  
Señor, conmigo.  
Yo los he visto, con mis propios ojos de carne,  
cómo devuelven la alegría a los tristes,  
traen y llevan la concordia,  
expulsan el odio,  
distribuyen luz en nuestra ya larga noche.

¡Qué noche tan dichosa esta noche de gracia  
en que se une el cielo con esta tierra nuestra  
y percibimos lo divino en lo humano que somos!  
¡Aleluya!

El corazón de los novicios, y hasta del prior, re-  
bosaba de alegría. Todos se decían: «hemos visto al  
Señor, y el Señor estaba en la alegría».

Por hoy, basta.  
Me alegro de saludaros.  
Que la alegría de nuestro Salvador esté con todos.  
Que nada ni nadie os quite la alegría.

Atanasio